ALFAGUARA

Juan Pablo Bertazza

Memoria de la madera



Narrativa Hispánica

Juan Pablo Bertazza

Memoria de la madera

ALFAGUARA

Uno piensa que los días de un árbol son todos iguales.

HAROLDO CONTI,
La balada del álamo carolina

Un árbol no se siente en casa ahí donde no puede crecer.

RADKA DENEMARKOVÁ,
Sangre de chocolate

Crecían juntos como crecen dos árboles donde solo debería haber uno, con las ramas irremediablemente entrelazadas, deformándose mutuamente.

BRIAN W. ALDISS,
Bang, Bang

Tenía la rara virtud de no existir por completo sino en el momento oportuno.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ,
Cien años de soledad

La raíz del fin

Se sienta a mi lado, cava hoyos en el suelo y remueve puñados de tierra fresca que caen lentamente de sus dedos como en un reloj de arena. La luz se encuentra con la oscuridad. Ahora lo conozco del todo y veo que comienza a desenterrar un recuerdo feliz de la infancia en el que jugaba a buscar tesoros bajo la sombra de un limonero. Tiene la sensación de que están visitando por última vez a un familiar muy grave. Ahora puedo ver hasta sus sueños.

Le hago una última advertencia, sabiendo que no me va a escuchar. Tampoco cambiaría nada. Recién ahora algunos de ellos están empezando a entender que somos capaces de comunicarnos. Entre nosotros y con las personas. Pero ni se imaginan esto, no se imaginan todo lo demás.

Faltan detalles para la madrugada y nuestro hábitat anuncia un día especial. Cada instante va cincelando el movimiento a partir de la misma quietud: desde el canto rasgado de los pájaros hasta el fluir subterráneo del agua, pasando por el murmullo de las hojas sobre la tierra. Un buen refugio en los momentos de mayor desesperación es entregarse dócilmente a la maquinaria de la rutina, enroscarse como una serpiente en un rincón seguro, al amparo de lo inmutable. Cuando el shock es tan grande que nada parece quedar en pie, un buen remedio es convertirse en una hoja extrañada a merced de todo aquello que se conoce y resulta familiar. Licuar lo siniestro en

una atmósfera de confort, como solo es capaz de hacer un relato. Porque las historias producen oxitocina, una hormona que ayuda a eliminar el estrés y la ansiedad. En algún punto, el cerebro de las personas no diferencia entre un personaje de ficción y un prójimo en problemas. Y aunque aún no lo entiendan, no hay mejor narrador que nosotros, quizás por nuestra mezcla de constancia y perspectiva. Cualquiera de nosotros tiene una historia para contar que constituye nuestra segunda vida, solo que cada vez nos desplazan más las pantallas. Tampoco cambiaría nada. Somos como el bosque: una curva pronunciada que forma un signo de pregunta; una esfinge que, en lugar de condicionar el futuro espiando el presente, logra vislumbrar el destino a partir de una experiencia colectiva arraigada en la tierra. El bosque recibe a las personas con la piedad de una casa al detectar a un organismo parasitario. Nunca las rechaza. Al contrario, las atrae hacia el centro como la corriente del mar. Gracias a su precisión, el bosque percibe cualquier desfasaje y arritmia. En el bosque, la espera es una vitalidad confiada que no produce miedo ni preocupación. En el bosque se libra una guerra pacífica, natural y solidaria en la que los restos de los troncos caídos se vuelven lápidas de madera que no pierden memoria ni sentido de pertenencia.

Somos portavoces del gran silencio del bosque. Formamos parte de lo divino porque pertenecemos tanto al orden humano como al ámbito de los objetos: somos cosas con pulso. Percibimos las miradas y el tacto, detectamos cada caricia, cada frecuencia, latido, matiz. Cuanto más fuerte es el contacto con alguien, más posibilidades tenemos de expresarnos. Nos separa un abismo plagado de intimidad. Hablamos de nosotros mismos porque

estamos en sintonía con el universo. Hablamos del universo porque nos conocemos muy bien a nosotros mismos. Transmitimos nuestra sabiduría, manifestamos nuestro estado de salud. Llevamos inscriptos en nuestro quehacer cotidiano deseos, obligaciones y una voluntad indecible. Somos pura intuición empírica. Nada nos sorprende pero todo nos conmueve.

Llevo grabadas en mi madera una serie de fechas: la última es la de hoy. Ante los ataques utilizo mis defensas. Frente a los elogios, desarrollo anticuerpos. Vivo y me desvivo en cada instante. Siempre a bordo del tren del tiempo. Nunca lo persigo, nunca lo espero. Ni siquiera en este instante en el que reencuentro a mi creador, que es, al mismo tiempo, mi creación. No tiene sentido evitar nada. Sé de memoria lo que va a pasar. El ruido extremo de esa máquina diseñada para sacrificarme no me altera. Como si hubiera una esponja capaz de vaciar el mar. Ni siquiera pierdo la calma ahora que la máquina cambia de mano. Este momento no es más inolvidable para mí que cualquier otro porque hasta la más absoluta repetición sucede por primera y última vez. Sé, mientras sangro astillas y comienzo a derrumbarme, que hasta mi propia ausencia sobrevivirá en los pliegues que va formando la memoria del futuro.

Soy un testigo que cuenta. Al igual que cualquier árbol.

I

La habitación está en penumbras —solo un haz de luz que llega desde el último farol de la calle evita la oscuridad absoluta— y Jakub Jansa, derrumbado en la cama de madera de una plaza, acaba de tener una iluminación: está desperdiciando su vida.

Cree que no está deprimido, pero ya no soporta la sensación de que algo se le escapa de las manos. El último día de clases, a manera de despedida, el profesor de Matemática lo acusó de no hacer nada y perder siempre el tiempo. Él se quedó pensando en esa frase. En lo absurdo de que se lo dijera justo antes de las vacaciones de verano. Si no hacía nada era porque la escuela significaba una pérdida de tiempo. Como si a un náufrago le reprocharan, en una isla desierta y sin árboles, su fobia social.

No se trata únicamente de vivir en un pueblo sin ninguna proyección de futuro como Zahořany. Tampoco diría que odia a su familia. Con su padre casi no se habla y es capaz de adivinar, palabra por palabra, las preguntas que su madre le formula cada vez que lo ve. Como esas hojas de rutina que los encargados de limpieza de los baños públicos están obligados a rellenar para que quede constancia de su invisible trabajo. Con su hermano Jan no comparten casi nada y a veces hasta se pelean. Nada grave en comparación con las familias de sus amigos: los que no tienen la casa mutilada por muertes y enfermedades deben ponerse a

trabajar cada vez más horas para hacer frente a las deudas que contraen sus padres.

Si él, al menos, tiene aún la oportunidad de acostarse en la cama de madera de una plaza a pensar en todas esas cosas es porque cuenta con la garantía de su abuelo, una persona centrada que trata de entenderlo y quiere lo mejor para él, aunque Jakub no sabe siquiera en qué consiste eso.

Su abuelo es la columna vertebral de la familia: su poder de decisión y espíritu de trabajo hacen posible que una persona tan inútil como su hijo, es decir, el padre de Jakub, no necesite darse cuenta de que lo es, aunque, en el fondo, todos saben quiénes son. Lo que más le molesta a Jakub de su padre es que se vanaglorie de su inutilidad. Como si el hecho de no hacer nada y depender de su abuelo fuera para él un motivo de orgullo, un curioso rasgo de superioridad y no la esencia de lo que, en realidad, es: un inútil. Y si bien tiene en claro que él no es como su padre, se obliga a hacer todo lo posible para mantenerse a salvo de su influencia.

Al fin y al cabo, los parásitos tampoco se parecen a sus huéspedes.

Su abuelo es casi todo lo opuesto. Aunque Jakub detesta cuando los mayores hablan de modelos, su abuelo se parece bastante a eso. Incluso en esta tarde cerrada, a esta hora precisa en la que empieza a llegar a su habitación el olor de la cena y solo un haz de luz del último farol de la calle evita la oscuridad, Jakub tiene una segunda revelación: admira a su abuelo. No solo porque a su edad se encarga de administrar la economía de toda la familia, sin desentenderse del trabajo físico que muchas veces requiere la granja de los Jansa, sino también porque su personalidad es simple y a la

vez profunda. Eso no quiere decir que él quiera ser igual a su abuelo. Pero esa horrible sensación de estar perdiéndose algo cada día, que lleva años torturándolo y que recién ahora termina de entender, quizás la pueda combatir escuchando a su abuelo. O incluso hablando con él.

No son personas iguales, más allá de compartir el nombre y el color de ojos. Él es alguien de su propia época y, de hecho, siempre lo ha sorprendido que su abuelo no sea capaz de hablar otro idioma. Jakub tiene solo dieciséis años. Pero empieza a entender que una forma de no dejar pasar la vida es, justamente, aprender otro idioma. La cantidad de vidas que uno tiene depende de la cantidad de idiomas que habla.

Domina el inglés. Pero debería aprender otro. Y ya que tiene un momento de lucidez, aun en su casi absoluta oscuridad, pretende decidirse ahora mismo. No es tan difícil. Hay algunos con los que, obviamente, no quiere saber nada: el ruso de los comunistas, el alemán de los que cagan más alto que su culo, el francés de los blandos. ¿El español? Alguna vez escuchó que es bastante fácil y le gusta que no tenga nada que ver con su entorno más inmediato. Además, se habla en muchísimos países. Sin que algunas diferencias menores lo conviertan en otro idioma, como sí es el caso del portugués, que vendría a ser al castellano lo que el eslovaco al checo.

Estudiar español es una buena idea. Ya el propio nombre del idioma le parece alegre. Como si ejerciera un poder de atracción desde el mismo cielo de su cultura soleada. No quiere clases convencionales. No le gusta la dinámica con los profesores y

bastante tiene con los del colegio. Pero no cuenta con la disciplina de un autodidacta. Necesita algo de ayuda. Un estímulo.

Ahí aparece, entonces, la gran protagonista de su época: la tecnología. Un sargento vestido de soldado que hay que saber transformar en herramienta antes de que se convierta en un arma en contra. Un espía que condiciona el futuro y manipula conductas con sus invasiones disfrazadas de auxilio.

Jakub se levanta de la cama. Va a buscar el teléfono que ya tiene un 38 % de carga y se baja el Duolingo. Luego de un test de nivel bastante ligero, confirma que el español no es para nada difícil. Ya en la primera lección aprende, incluso, una frase más avanzada e interesante que todas las expresiones básicas de saludo: "Me gusta este árbol".

II

La luz del televisor juega a entrometerse en los rincones más recónditos de la casa. Oleadas que vienen y van. Siguen un ritmo cromático más o menos estable que ilumina en modo tenue una variada secuencia de risas: la más firme y estable, la del abuelo, surge con una sutil mueca de extrañeza que corona un leve movimiento de su quijada; la más exagerada es la de Marek, que se parece a la firma siempre cambiante y precoz que ensayan los niños en su cuaderno; la de Jakub dialoga más con la de la madre, como si una se inspirara en la otra. Todos están sentados sobre los almohadones verdes del sillón de madera, centrado como un párrafo en la sala. Jakub está en el medio, su abuelo a su izquierda, la madre a su derecha y, en el borde del asiento, Marek, su padre.

Jan no está en casa, la madre pregunta por él y termina de un trago medio vaso de cerveza. Jakub, su padre y el abuelo también tienen la suya, pero Marek, además, saborea en forma constante unas gruesas salchichas remojadas en vinagre cuyo olor, entre agrio y dulce, deja de ser intenso para convertirse en asqueroso.

—Este capítulo es muy viejo —dice, sin dejar de masticar, y nadie le responde. En la tele dialogan Abraham y Bart Simpson. Las últimas palabras del niño provocan una nueva ronda en el desfile desparejo y escalonado de carcajadas.

El padre y el abuelo miran a Tereza, la madre, que se levanta del sofá. Marek, en realidad, estira el cuello para que la silueta de su mujer no obstaculice ni una milésima de segundo su visión. Especula que puede estar preocupada por Jan, o quizás solo va a buscar otra cerveza a la cocina. Como sea, aprovecha su retirada para ganar comodidad en el sillón. Ahora están viendo la tele las tres generaciones masculinas de la familia.

Cuando el abuelo Simpson y Bart logran obtener en las profundidades del lago el tesoro de los Peces del Infierno, Burns y Smithers irrumpen en otra lancha y les quitan esas pinturas robadas por los nazis, que, en un pacto de caballeros, el heroico escuadrón había decidido que se las quedara el más longevo del grupo.

—Por ahí leí que al Gólem también se lo quería robar Hitler, y por eso los judíos de Praga lo escondieron. No en el ático de la sinagoga como dicen todos, sino en un insólito chalet en el extremo del mundo.

Otra vez la intervención de Marek no encuentra respuesta. Dice esa frase en el momento más dramático del capítulo; justo cuando Burns, tras robarles las pinturas, lanza a Bart al fondo del agua, atrapado en la misma caja donde estaba el tesoro. Jakub presta una atención absoluta. En algún punto, su cerebro no diferencia entre un personaje de ficción y un prójimo en problemas.

Envalentonado con la actitud de su nieto, el abuelo Abraham Simpson lo arriesga todo y emprende la captura del traidor surfeando sobre lo primero que encuentra en su camino.

—Madura, Simpson, te ves ridículo —le dice Burns, aunque en esta oportunidad se lo nota un poco nervioso.

Siempre a destiempo y fuera de tono, Marek larga otra de sus estruendosas carcajadas y, lejos de conformarse con los anteriores desplantes, decide redoblar la apuesta: vuelve a reírse para agregar, esta vez, que el abuelo Simpson es tan viejo como el abuelo Jakub. Nadie le responde. Una conclusión que se palpa en la oscura atmósfera del living parece refutar sus palabras. En todo caso, el héroe solo podría ser el abuelo Jakub y su nieto no desentonaría en el rol de ayudante; mientras que Marek se ve tan inútil y cobarde como el propio Homero, que al principio del capítulo se entusiasma con la idea de ir en busca de un tesoro, pero se arrepiente al darse cuenta de que puede ser demasiado peligroso.

Marek se levanta del sillón muy rápido, otra vez con una velocidad impropia y desfasada. Es inconcebible que se vaya justo ahora que faltan apenas tres minutos para que termine el capítulo. Como si se opusiera, así, al probable triunfo del abuelo y su nieto. Más allá de que al final aparece el Departamento de Estado para quitarles el tesoro a los Simpson, está claro que el capítulo muestra lo poderosa que puede resultar la alianza entre un nieto y su abuelo. Y eso es justamente lo que Marek, al retirarse de esa forma intempestiva y ridícula, parece ahorrarse. Tal vez no quiere ver lo que está por venir y eso signifique para él algún tipo de amenaza.

Cuando el capítulo termina, nieto y abuelo se buscan y sonríen. El abuelo baja el volumen de la tele, pretende volver más audible la voz interior. Los dos comienzan a realizar esos típicos movimientos que hacen las personas antes de dispersarse y que a nosotros nos llaman la atención. Hasta que algo interrumpe el final de la escena: un ruido color pastel le hace dar cuenta a Jakub de que, durante casi una hora, no ha estado mirando el celular.

—¿Y eso qué es? —le pregunta el abuelo.

—Una notificación de Duolingo, una aplicación para estudiar idiomas —aclara Jakub por las dudas.

—¿Y qué idioma estás aprendiendo?

—Español. Ya llevo una racha de varios días, o sea, practicando al menos unos minutos diarios sin falta.

—Entiendo, entiendo —contesta el abuelo y se ríe.

—¿Qué pasa?

—Que sí me siento un poco Abraham Simpson. De hecho, yo tengo mi propio tesoro, aunque sin los Peces del Infierno. Y creo que sin un señor Burns que quiera matarme, pero me gustaría mostrártelo y contarte esa historia.

—Yo también quiero que hablemos.

—¡Claro! ¿Sobre qué?

Ahora es Jakub el que se ríe. Siempre la pasa bien con su abuelo y no deja de sorprenderlo el hecho de que lo sienta mucho más cercano que a su propio padre.

—Decidí hacer un cambio importante —dice rápido, mientras espía la ruta de aprendizaje de Duolingo y calcula cuántas vidas serán necesarias para resolver los ejercicios de esa lección.

El abuelo asiente con la cabeza mientras se reincorpora del sofá. Y recién cuando su silueta se funde con la oscuridad del living, fuera del alcance de los rayos catódicos del televisor, le dice a lo lejos, pero sin levantar la voz, que lo espera al día siguiente, a las ocho, junto al monumento a Wenceslao, santo patrono de Bohemia, para pasear por el bosque.

Jakub no desea romper el fino equilibro que existe entre ellos con una pregunta torpe e innecesaria. Por alguna razón, su abuelo no

quiere que los vean salir juntos de la casa en la que conviven desde hace casi dos décadas, una casa con granja y algunos animales que dan sustento a toda la familia. En aquel momento, aceptó alojarlos y vivir con ellos acá, en este pueblo perdido en el centro del mundo.

III

Cuando lo ve aparecer en pleno bosque, y no tan cerca del monumento a Wenceslao, el abuelo se muestra sorprendido y lo abraza como si lo reencontrara después de varias décadas y una guerra. Jakub no se resiste a esa muestra de afecto y, con un brusco movimiento de su brazo derecho, arranca del hombro del abuelo la canasta para recolectar hongos. Sin embargo, lo que cae con el movimiento no son organismos del suelo, sino un billete con el rostro de la escritora Božena Němcová.

—Perdón —susurra Jakub mientras levanta el dinero.

—¿Qué tipo de cambio?

—¿Cómo?

—¿Qué tipo de cambio querés hacer en tu vida?

—Ah, no sé, no quisiera convertirme en mi papá, por ejemplo.

—No te preocupes que eso no va a suceder.

El día está tan gris que la mañana apenas se distingue de la noche, y nosotros devoramos la poca luz que llega desde el cielo. El abuelo está por decir algo, pero lo distrae una gran comunidad de hongos que lo obliga a arrodillarse. Jakub lo sigue con la mirada y, de pronto, clava la vista en un sector del terreno que se eleva a causa de unas raíces enterradas.

—¿Qué pasa?

—El hormiguero.

—Eso es una buena noticia: ver un hormiguero es señal de que el bosque está saludable.

Jakub se ríe y, con una voz muy baja, le pregunta si siempre ha sido así.

El abuelo, sin dejar de observar y recoger los hongos, se queda esperando una aclaración.

—Así, tan decidido. Siempre con fuerzas para hacer de todo: desde mantener en funcionamiento a la familia hasta ponerte a recolectar hongos.

El abuelo sonríe con toda la cara. No le gusta recibir elogios, pero no deja de sorprenderlo el vínculo que, de un tiempo a esta parte, ha construido con Jakub. Meter en la canasta el noveno hongo y levantarse es casi el mismo movimiento. Sigue caminando y le traslada a su nieto una pregunta acerca del fin de año escolar. Jakub no miente. El abuelo le sugiere concentrarse en dos objetivos: recibir cuanto antes el título y consolidar dos amistades que le duren toda la vida. ¿No se trata un poco de eso? Jakub se queda en silencio y sigue caminando apenas por detrás de su abuelo, que, cada tanto, mira a algún árbol en particular y, en ciertos casos, acaricia al pasar una rama. En este punto nadie podría distinguir si es de día o de noche. No hace frío ni calor. Para Jakub, pasar tiempo con su abuelo se parece a sentarse frente a un gran fogón.

—¿En qué consiste el cambio, entonces?

Jakub lo mira como si no tuviera fuerzas para contestar, aunque al mismo tiempo se muestra cada vez más abierto.

—No quiero desperdiciar mi vida. No quiero sonar exagerado, pero no me atraen las vidas que tengo a mi alcance. Odio ver cómo algunas personas matan el tiempo. Como si no hubiera nada que

hacer. Como si estuvieran en este mundo para siempre. No sé si es este pueblo, esta granja o esta familia, pero no quiero ser parte de eso.

Una vez que Jakub ha hecho un silencio, el abuelo le agradece. Por confiarle a él lo que siente. No es fácil abrirse y mucho menos a esa edad. Lo entiende y le pide que no se sienta mal por expresar lo que le sucede.

Jakub se pone a llorar de un modo desconsolado, serio, constante y, a la vez, resuelto. Como si intentara desatar un nudo que ha dejado enredarse durante muchos años.

—¿Qué pasa, hijo? Todo va a estar bien —le dice su abuelo mientras lo estrecha con fuerza. Sin querer concluir ese abrazo, Jakub abre los ojos aún nublados por las lágrimas y mira hacia el cielo, en un ángulo que permite vernos en una hilera interminable.

—No aguanto la sensación de estar perdiéndome algo que me acelera y me hace dudar. No puedo hacer nada. Siento que me estoy volviendo loco. Que, en lugar de vivir, sobrevivo —remata Jakub y vuelve a llorar.

—Sabés muy bien, Jakub, que lo mejor es tener paciencia. A veces hay que dejar pasar un estímulo, una llamada. No digo que te resignes o no prestes atención a lo que te pasa, pero tampoco confiar tanto en tu angustia. Existe una clave en la vida, además del amor, y creo que la conocés: la necesidad de tomar las decisiones en el mejor momento posible. Porque no importa tanto lo que se decide sino el oportunismo con que se toma una decisión. Entre la espada y la pared, no podemos conseguir nada.

A medida que el abuelo comparte con él su visión de las cosas, Jakub parece calmarse un poco. Su experiencia es como un jarabe

instantáneo que comienza a hacerle efecto.

—Si eso me pasara a mí sería un problema —insiste el abuelo con una sonrisa franca y los ojos achinados—, pero sos muy joven y disponés de mucho tiempo para equivocarte. Tiempo para no tener memoria, tiempo para el tiempo y un rato más para volver a pensar varias veces casi todo lo que quieras.

—No quiero desperdiciar mi vida, no quiero hacer lo que hace cualquiera, quiero encontrar algún sentido.

—Y vas camino a encontrarlo, Jakub. Por otro lado, ¿qué sería desperdiciar la vida? ¿Qué sería exactamente vivir como los demás?

Jakub se autointerrumpe al empezar la respuesta. Como si tuviera al alcance de la mano un arma letal, cuya descarga el abuelo tal vez no esté dispuesto a recibir. Y esa arma tiene que ver con su padre y con el trabajo en la granja familiar. Para apoyarlo, el abuelo empieza a hablar a toda velocidad y con el correr de los segundos se va quedando sin aliento, sin palabras o sin brújula, como si cada intervención suya estuviera limitada por una cuenta regresiva. Y cuando lo advierte, suele salir del trance con un chiste.

—Cada uno hace su camino y, más que evitar algo, hay que tratar de hacer algo con aquello que no podemos evitar.

Jakub se lo queda mirando como si no terminara de entender el sentido de esa frase. Y aunque su cara armoniosa y curtida por los años expresa que ya lo ha dicho todo, agrega que quiere contarle una historia que le ocurrió a la nieta de una amiga que había abierto una escuela de surf en una playa andaluza.

—Un día de verano con pocas olas en el mar, mucha gente se estaba bañando sin tener en consideración la potencia de las corrientes. Todos los empleados se habían ido a buscar tablas y

trajes de surf. Ella estaba sola en la escuela y, de repente, vio entrar a una mujer desesperada. Era una desesperación que hacía mucho no veía o, mejor dicho, no había visto nunca. No llevaba mucho tiempo viviendo en España, no hablaba bien el idioma, le pidió que intentara calmarse un poco. No le entendía.

Mientras escucha la historia con atención, Jakub se pone a pensar en qué momento del día hará la lección de Duolingo que se vio obligado a posponer para compartir ese instante con su abuelo en el bosque.

—La mujer intentaba decirle que algunos bañistas habían sido arrastrados por la corriente y una vez que se hizo entender pareció quedarse sin palabras, convirtiéndose en náufraga de la espera. La nieta de mi amiga salió corriendo en busca de un traje de neopreno, un par de chalecos salvavidas y la tabla más grande que tenían en la escuela.

El abuelo se queda callado. Jakub está escuchando también el silencio y se pregunta si no terminará ahí la anécdota.

—Entonces llegó a la playa con todo eso encima y, al ver la potencia de la corriente, lanzó un insulto al cielo. No sé, ¿conocés alguna mala palabra muy fuerte en español que no sea "ser"?

Jakub abre mucho los ojos. Se sorprende de que su abuelo domine uno de los verbos básicos del castellano que, a su vez, coincide en checo con el imperativo en segunda persona del singular del vocablo "cagar", pero no quiere interrumpirlo.

—Luego de explorar un poco, con el corazón acelerado y varios mechones de pelo obstaculizándole la vista, distinguió a dos personas aferradas a la última boya de señalización, a unos trescientos metros mar adentro. En medio de esa situación extrema

e imprevisible, le pareció verlos totalmente desnudos. Se acercó un poco más y pudo confirmarlo. Para su sorpresa, los hombres eran nudistas. Más allá de ese detalle que, en cualquier otra situación, la hubiera llevado a reírse o hacerles una broma, se dio cuenta de que uno de los dos se veía en buenas condiciones, pero el otro parecía estar al límite de sus fuerzas. El panorama no pintaba nada bien. Aunque le hubiera gustado mirar más al primero, tuvo que concentrarse en el que estaba más débil. Hizo un gran esfuerzo en ponerle el chaleco y subirlo a la tabla. Enseguida le pidió al segundo hombre que también se pusiera el chaleco y se sujetara con firmeza a la tabla. Todo eso, mientras ella se sostenía también de la boya. La corriente no dejaba de arrastrarlos. Ella tenía que sujetar al hombre exhausto y ya a punto de hundirse. Luego de pensarlo un poco, llegó a la conclusión de que, por más capacidad que tuviera su tabla, no estaba en condiciones de volver a la orilla cargando a los dos nudistas.

—¿Y entonces? —pregunta Jakub un poco más ansioso.

—Entonces, la espera. Se quedó un tiempo sin hacer nada. Tranquila. Todo lo tranquila que se puede estar en semejante situación. Se quedó esperando, con los otros dos, que apareciera un barco. El barco apareció. Los vio. Les lanzó una cuerda para que ella pudiera sujetarse. Así, remolcados por el barco, se fueron acercando a la playa que estaba repleta de guardias civiles. Eso también la sorprendió mucho.

—Estaban ahí por ellos, ¿no? Por los nudistas que ella había salvado...

—No. Hasta ahí, todo parecía encaminarse hacia un final feliz: un acto heroico que le valió a ella varias entrevistas con medios de

Andalucía y hasta un reconocimiento oficial del Ministerio del Interior de España. Al llegar a la playa, sin embargo, se enteró de algo que tiñó de un color trágico todo lo anterior.

—¿Qué?

—Volvió a aparecer la misma mujer que se había acercado desesperada, con esa desesperación que ella nunca había visto antes. Aunque, esta vez, con un ínfimo halo de luz en plena oscuridad. Como esas esperanzas que estamos convencidos de que no existen, pero queremos proteger y hacer durar todo lo que se pueda. Le pregunta, una y otra vez, sin escuchar la respuesta o, en realidad, sin querer escuchar la respuesta que, de algún modo, ya sabe de antemano, si lo ha visto, si lo vio, si lo podrá ver. Antes, debido a la urgencia y al escaso dominio del idioma de ella, no le había podido aclarar que había una tercera persona involucrada: un policía que, a pesar de no estar en servicio, había arriesgado su vida por ellos. Él fue quien los había salvado a los otros dos de morir ahogados, llevándolos a la boya, a la última boya para que pudieran sujetarse, aunque había tenido la mala idea, la pésima decisión, de volver nadando a la playa, contra la corriente, exhausto y solo. Y nunca llegó. Y ese policía estaba en plena luna de miel. Y la chica que llora y sigue llorando en forma desconsolada sin escuchar la respuesta o, mejor dicho, sin querer escucharla, como si acaparara toda su atención una cuenta regresiva que quizás ya concluyó es, por supuesto, su mujer. Y, en ese momento, lo que la destroza y a la vez la salva (porque, aun rota, al menos puede seguir en pie) es lo mismo: el amor, el amor por ese hombre tan pero tan cercano al que nunca más volverá a ver. El amor como condición de posibilidad.

Jakub siente que se le hace un nudo en la garganta, no sabe qué decir. El abuelo nota su incomodidad.

—¿Y ya te decidiste entre estudiar o trabajar?

—Creo que voy a intentar hacer las dos —responde Jakub y, justo cuando se dispone a explayarse un poco, el abuelo le dice que es ahí.

—¿Qué?

—El tesoro del que te hablé y la respuesta a tu pregunta sobre mi forma de ser.

Jakub lo mira intrigado y con un dejo de tristeza.

El abuelo se apoya en mi corteza y me acaricia muy despacio.

—Aunque no esconde los bienes robados por los nazis —aclara— este árbol es mi gran tesoro. Vos sabés. Marcó un antes y un después en mi vida. Nada menos. Esto es lo que quiero compartir con vos. Mis padres murieron casi al mismo tiempo cuando yo tenía tu edad. Hasta ese momento, yo era una persona bastante inútil, viviendo al amparo del amor que se tenían ellos y que, por extensión, me tenían a mí. De repente, me encontré solo en el mundo y recuerdo que hice dos cosas: la primera fue comprar un arma para suicidarme y la segunda venir al bosque para plantar, antes de morir, este mismo árbol a partir de unas semillas que mi papá o mi mamá (nunca supe cuál de los dos) había dejado germinar en casa. Y eso me salvó la vida.

Jakub alza la cabeza y me mira con detenimiento. Pienso en presentarme como un largo paréntesis en la vida de su abuelo, pero aún no está preparado. Escucha de boca de él la expresión *Larix decidua*. Como si se tratara de un nombre y apellido. El nombre me define. El apellido me condiciona. Aunque ni él mismo negaría la

posible influencia de la sugestión, a Jakub le parece que tengo algo distinto: no me escucha pero me reconoce un lugar en el espacio. Intenta observarme, si bien por el momento solo distingue manchas y rayas. Mientras su abuelo sigue hablándole de mí, él saca su teléfono y empieza a tomar fotos con una mezcla de interés y velocidad que recuerda a los investigadores forenses. Su accionar evoca, al mismo tiempo, algún tipo de inspiración artística: prueba tomas horizontales, verticales, lleva el teléfono casi a la altura del piso para dar más perspectiva al cuadro y, entre foto y foto, mira con detenimiento a su abuelo, sin dejar de prestar atención a lo que dice.

—Además de ser muy resistente al frío, el alerce es uno de los árboles que más rápido crecen. Sus raíces se expanden con facilidad, absorbiendo muchos nutrientes. Los vikingos navegaban en barcos hechos con su madera y, en la actualidad, los deforestadores la venden para construir yates, portones, muebles de jardín y ataúdes. Al plantarlo, tuve la impresión de estar recibiendo un impulso inédito. Pude ponerme al hombro la organización del entierro de mis padres, al que no faltó ninguno de nuestros familiares ni amigos. Menos de un año después, en una de las visitas que hacía para ver cómo estaba creciendo, encontré a una mujer durmiendo en el bosque.

Jakub se lo queda mirando, otra vez, con asombro. Guarda el celular en el bolsillo. El abuelo tiene los ojos húmedos. Jakub piensa que el agua que moja los ojos de su abuelo podría llegar a obrar algún milagro. Jakub se queda degustando esa palabra. Milagro. Y mientras lo hace le escucha decir a su abuelo que el milagro de encontrarla fue tan grande que no hay capacidad de asombro capaz

de asimilarlo. Aun así, desde el primer momento aceptó con toda naturalidad ese regalo de la vida. Casi como si le hubiera estado destinado. Todos necesitamos algo en qué creer.

—Todos tenemos alas, solo que algunos no sabemos para qué.

—Y también raíces. Me acerqué para fijarme si era real y ella se despertó. Si la magia existe solo funciona en bosques como este y, en ese momento en que mi vida se caía a pedazos, logré que ella, la mujer más hermosa del mundo y con el nombre más poderoso, se enamorara de mí. A los diez días nos casamos. Ahí entendí que el amor, te voy a decir algo que me parece importante, ahí vi el amor como condición de posibilidad, como una fuerza creadora.

—Justo estoy empezando a salir con una chica que vino a pasar el verano a Zahořany, pero solo nos estamos viendo.

—¿Viste? Todo llega, lo que deseamos tarde o temprano aparece. Eso, Jakub, eso es lo más difícil: tener la paciencia y la confianza para creer que las cosas se van a dar, aun cuando todo parece indicar lo contrario. Es como el paso de las estaciones: el verano empieza en el mismo instante en que comienza a terminarse, es decir, luego del día más largo del año. Lo mismo el invierno. Todo es y no es a la vez. Lo único que vale la pena del tiempo es tomarlo para encontrar esas cosas que perduran más allá de él.

—Intento pensarlo, le doy vueltas, pero a veces no me sale.

—Mirá este árbol —dice el abuelo, dando suaves golpes que resuenan en mi interior—. Mirá la corteza. La corteza es el alma del árbol. Sin que nos demos cuenta, lo protege de golpes, cortes y temperaturas extremas.

Mientras busca refugio en esas últimas palabras, Jakub se queda inmóvil frente al gesto de su abuelo y ve, por primera vez, a un

árbol como si fuera un animal. Me doy cuenta de que su sentido del tacto no hace más que confirmar esa asociación.

—La corteza también protege al árbol de los parásitos y, como es porosa, garantiza su respiración y hasta retarda la pérdida del agua. Vos y yo no creemos que al hacer todo eso la corteza piense en el tiempo que tiene por delante, ¿no es cierto? Mucho menos en el que pasó. Existe para tomarlo, no para enloquecernos. ¿Cómo se llama?

Jakub siente brotar en su mente una comunidad antropomorfa que habita en una civilización milenaria y tarda un segundo en contestar. Necesita procesar la pregunta. Pero esta vez resuelve conectarse a tal punto con el instante que hasta se siente relajado.

—Lenka, se llama Lenka, pero recién estamos empezando y, la verdad, por ahora no creo que sea... ¿Qué día se casaron?

—El 24 de junio de 1949, como podrás ver —dice el abuelo, señalándole a Jakub la parte del tronco en la que me ha grabado esa y muchas otras fechas, en una prolija columna que sigue un orden cronológico.

—¿Y las demás?

—Son todas las fechas importantes de mi vida, empezando por la tarde en que planté este alerce, la fecha cero, el inicio de todo. Este árbol es mi memoria.

—¿Y cómo puede ser que nadie en casa supiera de esto? Porque nunca nadie me lo dijo.

—Nadie. En toda mi vida solo se lo conté a tu abuela. Es algo muy pero muy íntimo que no quiero compartir con nadie.

—¿Y por qué conmigo?

—Eso es bastante obvio, ¿no? —le contesta su abuelo mientras le da unos golpes de puño en el hombro. Sin darle tiempo a reaccionar,

le pregunta con aire desentendido qué fecha es hoy, mientras parece buscar algo en el suelo del bosque. Jakub responde con una esperanza poderosa y prematura. Al principio, cree que solo quiere juntar más hongos y se ríe al confirmar que su abuelo es de esas personas que, ni siquiera en un momento de tanta emotividad, pueden dejar de hacer varias cosas a la vez. Enseguida se da cuenta de que lo que estaba buscando ya lo tiene en la mano: una piedra filosa con la que se pone a grabar una nueva fecha en el tronco del árbol.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Jakub cada vez más esperanzado y el abuelo repite varias veces: "Esperá, esperá, esperá". Hasta que, unos instantes después, le anuncia que "ya está". Luego de un silencio ceremonial le muestra, con el gesto de estar abriendo una cortina invisible de terciopelo, la que pasa a ser mi segunda fecha más alta: "30 de junio de 2026. O sea, hoy, el día que pude compartir mi más preciado tesoro con mi nieto".

Jakub se siente tan feliz que se olvida de preguntarle a su abuelo por qué tengo grabada una fecha que aún no ha llegado.

IV

Marek y Tereza, los padres de Jakub, miran todo el tiempo el reloj de pared que marca con fuerza cada segundo que pasa. Mientras Tereza se desespera por la ausencia de Jan, Marek intenta apurar con su mirada la cocción de la carne del goulash. El abuelo está en la única taberna del pueblo, festejando el cumpleaños de su amigo de toda la vida. Para combatir la ansiedad, Marek pincha con un cuchillo la carne que se está cocinando. Hay más líquido del que esperaba, calcula mal el movimiento y se quema la mano derecha. Un grito desaforado hace girar la cabeza a su mujer, que se queda mirándolo incrédula, mientras Jakub termina de poner los vasos y cubiertos. Luego empieza a vibrar el teléfono de Tereza, que, al principio, casi se abalanza para atender la llamada, pero a medida que se va acercando a su celular parece dudar en responder. Jakub ve cómo su madre se tapa la mitad de la cara con la mano derecha —lleva las uñas pintadas de azul— y luego extiende ese gesto hacia la cabeza. Casi no habla aunque parece escuchar un discurso riquísimo en nutrientes. Cuando corta se queda muda. Marek y Jakub la miran. No preguntan nada.

—Los de la comisaría. Lo tienen demorado a Jan. Voy a tener que ir a buscarlo. Todo va a estar bien.

Mientras mira con nostalgia el humo que sale de la cacerola, Marek le pregunta si quiere que la acompañe. Tereza hace un gesto

rápido con la mitad de su cuerpo. Podría traducirse como "es tu deber, pero hacé lo que quieras". Marek elige entender que prefiere ir sola, provocando un bufido por parte de Tereza que su marido no llega a escuchar, atento en volver a revisar la cocción de la carne. Jakub tampoco puede creer que su padre la deje sola y se le pasa por la cabeza acompañarla, o, al menos, preguntarle algo. Pero se siente abrumado y además tiene que ir a buscar el teléfono porque acaba de empezar a sonar la notificación diaria de Duolingo. Cuando vuelve descubre que su padre ha empezado a comer. Tan apurado estaba por devorar la carne que olvidó ir en busca de una servilleta y, ahora que la salsa se le escurre por la boca, se pasa la palma de la mano izquierda en un intento de limpieza que termina generando un enchastre aún mayor. Al ver a su hijo, le señala la silla de al lado. Como si lo invitara a sentarse, aunque sin dejar de tragar su carne, que ya casi ha desaparecido.

Jakub pone a salvo lo que queda de comida en un plato limpio. Lo hace en medio de un tenso silencio con el que solo compiten el ruido de los cubiertos de Marek y las agujas del reloj de pared. Le oye decir una frase que tarda en darse cuenta que es para él.

—Vos no andás también con la falopa, ¿no?

Jakub se lo queda mirando. Como única respuesta, se lleva el plato a su habitación. Sube la escalera despacio, manteniendo el equilibrio que la corriente de salsa pone en riesgo. Su padre ni siquiera le pregunta por qué se va. Para sacarse el mal gusto de boca trata de concentrarse en la lección de Duolingo. Le llama la atención que casi todos los ejercicios tengan relación con la alimentación. A veces piensa que los teléfonos no solo escuchan lo que dicen las personas para mejorar la puntería publicitaria, sino que

también registran lo que uno está haciendo para interceder en las decisiones. Al notar que la lección del día no le demanda mucho esfuerzo ni pone en riesgo los tres corazones que le quedan, decide hacer una pausa y ponerse a comer antes de que se enfríe la carne. Cuando vuelve a la cocina a dejar su plato en la pileta, escucha los ecos del televisor y encuentra un enchastre de grasa y salsa que empieza en la pileta y termina en la mesada. Jakub piensa en su madre y se promete preguntarle por qué lo soporta tanto. Sabe que no lo va a hacer. Para colaborar un poco con ella y evitarle la amargura de encontrarse con ese caos decide ponerse a lavar. Antes trata de salvar los platos y cubiertos aún limpios de Jan y de Tereza. Han sobrevivido a la voracidad de su padre, pero todavía corren riesgo de ensuciarse. Como cuando en tiempos de pandemia alguien compartía el espacio con un enfermo. Para hacerlo más rápido, toma los dos platos juntos y, luego de percibir algo extraño, se da cuenta de que se ha quedado con un pedazo de cerámica. Uno de los platos se ha quebrado como si fuera de papel. Jakub siente una profunda frustración que no tarda en convertirse en bronca. Contra su padre y todo lo que él representa. Camina sin rumbo como un animal atrapado y se pone a buscar en varios cajones el pegamento. Lo hace sabiendo que nunca encuentra lo que quiere y que, en el caso de hacerlo, ese tipo de producto solo puede usarse una vez y deja de funcionar. Porque se seca el líquido o porque siempre se termina adhiriendo a la tapa una costra indomable. Lo encuentra. Parece estar en buenas condiciones. Aprieta con fuerzas el tubito, pero no sale nada de pegamento. Repite el proceso varias veces y cuando está por tirarlo descubre que, en lugar de aparecer por el lado del pico, el pegamento sale a cuentagotas por la base. No lo ve, pero lo

confirma al sentir que una incomodísima costra empieza a adherirse a sus dedos. Algo tan desagradable como morder arena. Interrumpe el intento de pegar el plato de cerámica y se frota los dedos con jabón y agua hirviendo. Se quema. Lanza un grito tan desgarrador que su padre deja de mirar la tele. Mientras cuenta hasta diez para no tirarle nada encima, se le viene a la mente algo que le había contado alguna vez su abuelo: una concatenación inverosímil de infortunios iniciada por un perro caniche en algún país como Brasil o Colombia. A pesar de haber ocurrido en 1988, mucho antes de su nacimiento, en uno de esos lejanos países de Latinoamérica, Jakub es consciente de que la noticia apareció en todos los diarios del mundo, incluidos los de Checoslovaquia, durante la última etapa del comunismo.

Un caniche está jugando en el balcón de un piso 13 y cae directo a la calle, justo sobre la cabeza de una señora que, a raíz del golpe, muere en el acto. Al verla, otra señora que cruza desde enfrente corre hacia el lugar sin fijarse que pasa un colectivo a toda velocidad que se la lleva por delante. El tercer fallecido es un hombre que ve toda la secuencia y muere a causa de un infarto, aunque en realidad es el cuarto porque el perrito también pasó a mejor vida al caer.

Mientras mira la expresión torpe de su padre, Jakub sigue con las manos sumergidas bajo el agua, ahora un poco menos caliente. La primera vez que su abuelo se lo contó, se puso a pensar qué estaría haciendo el creador del mundo en ese momento. Para no ver más a Marek, que permanece en silencio esperando una explicación del grito, Jakub se traslada de la cocina al baño y se asusta al ver, en el espejo, un aire de semejanza con su padre. Es algo instintivo que no puede poner en palabras, pero empieza en el pelo y termina en los

ojos. Se seca las manos, aún no ha podido sacarse la costra de pegamento de la yema de los dedos. Vuelve hacia la cocina, pasa por delante de él sin notarlo y empieza a sospechar, con pánico, que quizás su abuelo no fue del todo sincero cuando en el bosque le aseguró que nunca sería como su padre.

V

A pesar de la cantidad de horas que aún faltan para llegar a destino, hay algo de esta locura que a Jakub lo hace sentir bien. Como si el hecho de viajar todo un día en un FlixBus de Praga a Barcelona hubiera logrado algo que, hasta hacía poco, parecía imposible: que en verano las horas pasen un poco menos rápido. Además se siente bastante cómodo. La oscuridad en el interior del vehículo y el cansancio generalizado contribuyeron a disminuir la intensidad de ese insoportable ruido formado, en un primer momento, por las risas de los pasajeros, los llantos de bebé y el vozarrón de quienes no encontraban mejor momento que ese para ponerse a hablar por el celular. La está mirando a Lenka. Le gusta la posición en la que se ha quedado dormida como si estuviera contemplándolo a él con los ojos cerrados: encogida como un bicho bolita, con las rodillas flexionadas de costado y los muslos apretados a la altura del ombligo de él. Un claro anuncio de confianza y entrega. Jakub le da un beso en la boca, le acomoda el pelo y tiene ganas de explorar su cuerpo. Lamenta que su improvisada expedición con mucho más viaje que estadía no incluya ni una sola noche de alojamiento. Tampoco se queja. La idea se le había ocurrido a él mientras nadaban en el estanque del pueblo. Si alguien le preguntara, diría que surgió más bien como un chiste, pero lo cierto es que no sonó como tal: "Hay un descuento importante en

los pasajes de micro a Barcelona, ¿qué tal hacer un primer viajecito juntos?". Lenka lo miró ilusionada y aunque a ninguno de los dos les sobraba dinero, ella demostró tomar en serio la propuesta al ponerse a calcular cuánto podrían requerir entre pasajes, comida y cualquier imprevisto. Así llegaron a la conclusión de que como no podían quedarse mucho tiempo y el traslado duraba unas veinticinco horas, se ahorrarían todo gasto de alojamiento haciendo un viaje relámpago de un solo día. Toda una aventura. Esas cosas que solo la gente muy joven es capaz de hacer. Salir el jueves a las ocho de la mañana para llegar el viernes alrededor de las diez y tomar el micro de regreso ese mismo día para volver el sábado entre la tarde y la noche. Antes de que Lenka se durmiera no habían conversado mucho, pero los dos parecían entusiasmados. Ese acto de espontaneidad les sentaba muy bien y lo guardaron como un secreto, hasta el punto de que solo enviaron un breve mensaje de texto a sus familias para avisarles que pasarían el fin de semana fuera del pueblo.

Aunque les gustaría darse un baño y tirarse a dormir al menos dos horas en una cama, el entusiasmo que les produce llegar por fin a Barcelona no da espacio a quejas ni arrepentimientos. Ni siquiera Jakub se siente presionado por ver todo lo posible en tiempo récord. Y, como siempre, le genera mucho placer visitar una ciudad que ya ha visto antes a través de los mapas. Pasean por la Plaza de Cataluña, tienen los primeros contactos con las formas de Gaudí y hasta logran ingresar bastante rápido a la Sagrada Familia: el lugar que más expectativa les generaba acaba siendo también el que más vulnerables los deja, a tal punto que se contienen entre ellos con un

largo beso y un fuerte abrazo que, otra vez, lleva a lamentar a Jakub no haber reservado una habitación.

Luego de comer sobre la marcha productos de supermercado, visitan el Barrio Gótico, que, por culpa de su conocimiento de la capital checa, les parece poco menos que una estafa y, tras recibir en la calle dos entradas gratis para visitar el museo de cera y llegar casi a la puerta, se dan cuenta de que ese lugar no les va a gustar a ninguno de los dos y deciden pasar la última parte de su visita relámpago en un curioso bar de tragos llamado el Bosque de las Hadas. Aunque los precios son un poco altos, aún les queda dinero y ese lugar los atrae, justamente, por su estética de bosque encantado y el detalle bastante original de los árboles atravesando el centro de algunas mesas. Jakub y Lenka exageran un poco su aprobación. Es un modo de mostrarse gentiles entre ellos, pero la verdad es que, más allá de lo creativo del concepto, el bar no logra una mímesis tan destacada, al no ser, eso hay que reconocerlo, por la iluminación. Aunque no en todos los ambientes, el juego de luz y oscuridad del bar capta realmente la esencia del espíritu del bosque.

—¿Qué les gustaría pedir? —les pregunta una chica muy alta y flaca con pecas y calzas negras, el rostro muy serio y las manos ocupadas.

—Tapas, por favor —dice Jakub y se queda en silencio, mientras la camarera lo mira entre incrédula y resignada ante una nueva invasión de turistas.

—¿De qué? Tenemos muchas tapas.

Jakub se pone nervioso: quiere responder pero tartamudea, quiere hablar pero no le sale ni una palabra en español. Le señala a la

camarera los papeles que ella sostiene con su brazo, esperando que sean el menú y que estén traducidos al inglés.

—Qué bien que hablás español —lo felicita Lenka.

Él se ríe incómodo, como si acabara de recibir el primer elogio por su físico y, aunque no se entiende bien si lo dice en broma o en serio, agrega que se lo debe a Duolingo.

—Duolingo —repite Lenka.

—Sí, no es perfecto ni mucho menos, pero ayuda y creo que en el último tiempo mejoró bastante.

—No diría que mejoró —corrige Lenka—, yo lo uso también para aprender inglés y sé de muy buena fuente que están haciendo algo poco ético para generar adicción entre los usuarios.

—¿Qué? —exclama Jakub con un tono de asombro, que en realidad muestra entusiasmo. En ese instante, se da cuenta de que, como parte de la escenografía del bar, se escuchan algunos ruidos aislados que pretenden ser de hadas y otros seres sobrenaturales del bosque.

—Mediante la excusa de tener algunos ejercicios de audio que, curiosamente, son los que corrigen con mayor indulgencia, la aplicación escucha las conversaciones de los usuarios y utilizan esa información para incluir datos muy personales en medio de los ejercicios.

Jakub no se decide entre contarle que eso es algo que viene sospechando desde hace un tiempo o pedirle a Lenka que le explique, porque no está seguro de entender.

La camarera regresa. Pregunta en inglés si ya saben qué van a pedir y Jakub dice en español que sí, pero luego usa el recurso de señalar con el dedo las fotos del menú.

—¿Y para tomar?

—Sangre, por favor.

La camarera no se enoja, simplemente pone cara de asco. Y pregunta: "¿Bloody mary?".

Jakub vuelve a señalar el menú, esta vez en la sección bebidas, y luego hace un gesto a partir del cual crea un enlace entre él y Lenka.

—Ah, sangría, no sangre. Sangría para los dos —dice la camarera y desaparece.

—El otro día, por ejemplo, me pasó algo terrible. Ya sabés que estoy atravesando un duelo muy grande por lo de mi papá, y una de las cosas materiales que conservo de él es un pulóver de lana azul superabrigado que me regaló hace unos años. Ya vas a ver que en invierno es una de mis prendas favoritas y el solo hecho de usarlo me hace muy bien —concluye Lenka y a Jakub se le viene a la cabeza la frase del abuelo.

—El amor como condición de posibilidad.

—¿Qué?

—Nada, una frase que hace poco me dijo mi abuelo y me gustó mucho.

Jakub se la explica, a Lenka se le llenan los ojos de lágrimas y Jakub confirma que se siente muy bien con ella, aunque acaba de percibir algo que no le gusta para nada: cada vez que él habla de su abuelo, la única persona de su familia a la que él mencionaría, Lenka entiende, por algún motivo, que está hablando de su padre. Como si, debido a su propia historia, estuviera convencida de que ese es el único vínculo familiar importante.

—No mi viejo, sino mi abuelo, que también se llama Jakub.

—Qué hermoso, Jakub, yo que lo perdí te digo que disfrutes mucho de tu papá.

—Pero la verdad es que me llevo mucho mejor con mi abuelo, porque…

—Pero claro, Jakub, ¿cómo no te vas a llevar genial con tu papá? Me gustaría conocerlo pronto.

—Bueno, vemos, pero ¿qué relación hay entre ese pulóver que te había regalado tu papá y Duolingo?

—Ah, eso. El otro día me pasó que... viste que en algunos idiomas muy populares como el inglés Duolingo ofrece cuentos breves para practicar la escucha y algo de vocabulario.

—Sí, sí, en español también está.

—Bueno, el cuento se llamaba "El regalo de papá", y era sobre un padre que le compraba a su hija un pulóver azul de lana que le encantaba. Yo no lo podía creer, empecé a llorar sin parar y lo peor es que no dejé de hacer los ejercicios que incluía el cuento. Después la historia iba para un lado más humorístico, fiel al estilo de Duolingo: la hija le decía a su padre que no tendría que haber gastado tanto dinero y él le respondía que no se preocupara porque el pulóver estaba en oferta, tan pero tan barato que incluso había comprado tres más iguales, uno para cada integrante de la familia, lo cual hacía que a la hija ya no le gustara el pulóver.

Jakub recibe una notificación de su celular. Es su abuelo. Le escribe que no puede dejar de preguntarle cómo está, aun cuando le parece evidente que se encuentra genial. El mensaje le da tanto gusto que hasta se sonríe un poco y le contesta con una de las fotos que acaban de sacarse con Lenka en la Sagrada Familia. Manda el mensaje. Levanta la vista: se queda mirando el efecto de luz de los

farolitos colgando de las ramas de los árboles. Huele el perfume de Lenka. Hay un tono cítrico con un matiz de canela que lo conecta a una agradable sensación de la infancia. La mira y se da cuenta de que la iluminación del Bosque de las Hadas mejora notablemente sus rasgos. Se crea una línea de continuidad entre el recuerdo de la infancia, el presente en ese bar y un horizonte que le traerá la posibilidad de seguir profundizando la relación con su abuelo y también presentársela a Lenka. Piensa Jakub que una forma de la felicidad quizás sea esa: conectar con líneas invisibles momentos pasados, presentes y futuros que hagan bien al corazón. Lo arranca de esa idea una nueva notificación del celular, en este caso de Duolingo: "Recuperaste todas tus vidas. Es el momento de hacer una nueva lección".

—Es obvio que ellos accedieron a esa información mía personal sobre el pulóver de mi papá y la usaron para redactar el cuento —continúa Lenka—. Cualquier persona a la que le pase eso va a querer seguir avanzando con los ejercicios, si no por el progreso en el idioma, al menos para encontrar más de esas trampas que, solo por ingenuidad, alguien podría llamar coincidencias.

—Ahí dejo la sangre —dice la camarera en inglés, con una seriedad imperturbable.

Jakub propone un brindis por su aventura. Lenka levanta su vaso con la mano derecha y con la izquierda se tapa la boca para disimular un bostezo.

VI

Jakub llega a un interior desconocido pero muy cercano a su casa. Le resulta familiar. Como si el sitio tuviera de muebles a los primos segundos de los de su propio hogar. Marek, su padre, interactúa con tres personas que notan su llegada pero no dejan de concentrarse en lo que están haciendo: contar un montón de billetes que, de repente, empiezan a pasarle, uno por uno, al padre. Jakub piensa que nunca estuvo frente a una escena semejante. Lo inquieta ver a su padre pletórico, centrado y receptivo. Cada cuatro o cinco billetes, le arroja a Jakub una fugaz mirada que no le desagrada del todo: parece hacerlo para advertir algún atisbo de orgullo en el rostro de su hijo, aunque también incorpora un gesto que podría interpretarse como el pedido de que Jakub espere un poquito, por favor, pronto va a liberarse de esa actividad tan solemne para pasar tiempo con él. O algo por el estilo.

La sorpresa de Jakub se incrementa a causa de la expresión servil de esas tres personas y, sobre todo, de una de ellas: un hombre con protuberancias en la cabeza y muy poco pelo. Muestra un exceso de vitalidad ridícula que se advierte en la informalidad de su remera verde (muy distinta al vestuario de los demás) y en una serie de aislados mechones azules y rojos.

Si bien Jakub acaba de llegar, tiene la sensación de estar muy interiorizado acerca de lo que ocurre, aun cuando ni siquiera podría

explicar de qué se trata. Acumula detalles de un asunto que desconoce sin que le resulte tan ajeno. Incluso escucha que otra de las personas (no su padre ni el hombre de las protuberancias que cuenta y entrega los billetes, sino una mujer) lo nombra "el pequeño Jakub". Con una mezcla de ironía y ternura que resulta imposible de desenmarañar. La ironía, sin embargo, termina por imponerse a la ternura cuando el propio Jakub advierte que él es mucho más grande de lo que en verdad es. En unos pocos días, han pasado varias décadas. Se ha convertido en un hombre viejo que, de repente, mira hacia atrás, más asombrado por la velocidad del tiempo que con nostalgia por la juventud perdida. A pesar de que el conteo y la entrega de billetes a su padre parece extenderse demasiado, en algún momento culmina. Jakub se da cuenta en modo retrospectivo. Con actitud ganadora, Marek se acomoda en la silla. Dice "bueno, gracias" y se dispone a ser el primero en levantarse. El silencio posterior solo se rompe cuando alguien de los tres (probablemente, la mujer) replica, de un modo bastante poco natural, que los agradecidos son ellos. Marek, ahora sí, tal como había prometido con sus fugaces miradas a su hijo, concluye con aire triunfal, como si acabara de realizar una verdadera proeza: "Ya está, vendí la casa".

La primera reacción de Jakub también es positiva. El tono triunfal de su padre lo ha contagiado y realmente se alegra. No solo de que haya logrado hacer algo, sino de que además se trate, al parecer, de algo bastante complicado. Cuando los demás se alejan sin irse del todo en busca de un documento que no tenían a mano, Jakub le pregunta por cuánto, aunque en realidad lo que quiere preguntarle es por qué esas personas le pagaron la casa en efectivo y no

mediante una transferencia bancaria como hace todo el mundo y, al mismo tiempo, cómo hizo para vender su casa si el titular es Jakub, su abuelo.

Con una rapidez inédita, su padre le contesta un número: doscientos mil, y una moneda cuyo nombre le resulta familiar. No lo termina de entender, pero, sin lugar a dudas, no está en vigencia, al menos no en su país. Se acerca al bolso de dinero que su padre ha dejado entreabierto y ve una montaña de billetes de coronas fuertes, que hace ya treinta años han perdido su curso legal. Jakub se ve expulsado de su propio ser, de la casa donde ha nacido y vivido durante toda su vida.

—Es momento de irse —le dice su padre.

Saluda a las personas que están exultantes, casi tentadas de risa, y cruzan el umbral. Cuando Jakub se asegura de que nadie puede oírlos, le grita furioso a su padre que lo estafaron, que vaya a anular el contrato urgente. Marek lo escucha y reflexiona. Las palabras de su hijo logran producir ahora lo que él acaba de hacer con Jakub: desalojarlo de su ilusión, de su euforia.

—Volvamos —le dice el padre, atribuyéndose la lucidez de su hijo.

—No, yo no vuelvo, andá vos y deciles que anulás el contrato.

—Pero no sé si puedo.

—Claro que sí, te pagaron con una moneda que no es legal.

El padre, aún confundido y a punto de reflotar su ilusión, intenta decir con esperanza que eso la hace más valiosa, justamente porque ya no existe. Pero no lo acompaña la fuerza, asiente y vuelve sobre sus pasos. Jakub trata de apagar el fuego que le revuelve las tripas. No lo logra. Las llamas son cada vez más altas. Se da cuenta, por primera vez con tanta claridad, de que odia a su padre. La

consecuencia de esa revelación es no poder evitar acercarse a ver qué pasa: las otras personas se niegan a cancelar la operación. Jakub interviene. Les dice que el contrato no tiene validez, y ellos replican que sí lo tiene y que él mismo, Jakub Jansa, el antiguo titular de la casa, acaba de cedérselas. El fuego quema y enceguece. Jakub entra en una espiral de desesperación pero no parece perder del todo la calma. Insiste en que la venta no tiene validez y van a ir presos por estafa. Por aprovecharse de la demencia de su padre.

No se ofenden. Argumentan sin faltar el respeto. La mujer reconoce que un poco desquiciado sí parece, pero tampoco nada grave. El fuego está adentro, también afuera y, de repente, el sueño se embarra.

Lo primero que ve Jakub al despertarse es oscuridad y una sombra casi indistinguible que le pregunta dónde está la llave de luz, esa maldita llave de luz que nunca encuentra. Aunque sigue un poco demorado en la aduana de los dos planos, Jakub entiende que es su padre.

—¿Cómo puede ser que, después de tantos años de vivir en esta casa, no sepas dónde está? —le contesta con la misma voz ronca y furiosa con la que venía de hablarle en el sueño.

Marek se asusta un poco, pero llega a contestarle que ese es justamente uno de los lugares de la casa en los que menos ha estado.

Jakub se libera del último vestigio del dominio de las sábanas recién al levantarse. Estira la mano, enciende la luz y vuelve a acostarse.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Mientras vos estabas fuera del pueblo, tu hermano estuvo detenido.

—Sí, estaba en la cocina cuando la llamaron a mamá y se tuvo que ir sola —enfatiza Jakub sin que su padre se dé por aludido.

—Él se está equivocando y no hay dudas de que la culpa es toda suya, pero, al menos, como familia deberíamos intentar hacer algo, ¿no?

—¿Algo como qué?

—Se me acaba de ocurrir una idea, hacer todos juntos una excursión durante el día para contenerlo, ¿no es fantástico? Al principio pensé en ir a Budeč.

—¿Budeč?

—Sí, justo hoy celebran una misa en la Iglesia de San Pedro y San Pablo, el lugar más antiguo que aún queda en pie.

—No puedo ir.

—¿Qué?

—No puedo.

—Es importante para tu hermano. Después me di cuenta de que sería mejor ir a Panenský Týnec, que fue elegido el lugar más místico del país.

—No entiendo.

—Panenský Týnec. Es el lugar con más energía de todo el país, justo lo que ahora necesita tu hermano para enderezarse.

—No voy a ir —dice Jakub y cierra los ojos.

—Cómo que no vas a venir —se escucha desde el umbral de la habitación y, al reconocer a su abuelo, Jakub vuelve a abrir los ojos y sonríe. A Marek, en cambio, se lo nota incómodo.

—Cuando se me ocurrió la idea de hacer una excursión en familia, pensé sobre todo en vos, el que mejor se orienta.

—¿Tu idea? —pregunta Jakub con un énfasis que su padre ya no puede ignorar—. No sabía que había sido tu idea.

—Claro, ¿a quién pensabas que se le había ocurrido?

Jakub toma el celular de su mesita de luz y se pone a buscar algo. Le dice a su abuelo que, en tren, es muchísimo tiempo.

—Vamos en auto, Jakub —afirma el abuelo—. Apenas una hora y luego caminamos. Nunca viene mal cargar un poco de energía.

VII

—¿No sentís un hormigueo?

—No, solo veo hormigas —le contesta Jan a su padre en medio del templo.

—Espero que esto te ayude —insiste Marek, solemne.

—¿A qué?

—No me hagas hablar, Jan, a enderezarte, a no darnos más disgustos, ya tuvimos bastantes.

—¿Cuánto tiempo hay que quedarse acá?

Rodeada por siete pilares de piedra de veinte metros de altura y un cielo despejado, Tereza cierra los ojos y abre los brazos como si recibiera una bendición. El abuelo y Jakub inspeccionan cada rincón de la iglesia y comentan algo acerca de su historia: los posibles motivos por los que ha quedado inconclusa, luego de que en 1382 se incendiara el monasterio contiguo.

En el templo inacabado de Panenský Týnec se percibe una vibración constante y rítmica: el arrullo de las palomas invadiendo cada recoveco del lugar, sobre todo esos múltiples agujeros en la piedra que permiten vislumbrar el paisaje al otro lado. Es, en cierto modo, el templo de las palomas y hasta da la sensación de que en ese lugar ellas muestran un matiz más enigmático del que suelen transmitir en sitios más corrientes. Como si ese templo las volviera mejores. Aun así, no sería mala idea plantar en medio de ese

espacio algún árbol con peso simbólico. Además de quedar bien, ayudaría a mitigar el ingreso intempestivo de cada persona que, casi sin excepción, sobresalta a quienes ya están ahí. El sobresalto se convierte en bronca durante esos pocos instantes en que, casi por arte de magia, el escenario queda vacío y la gente apunta su cámara o teléfono para sacar una foto limpia, despejada, pero justo al disparar se incorpora un extraño al cuadro. Eso también nos llama la atención. Todo el tiempo se preocupan por capturar la belleza que nos rodea con una foto o un video que probablemente no vuelvan a ver. Es como si en el inútil afán de tener las cosas para siempre se perdieran la única posibilidad de acercarse a eso: vivir con plenitud el instante. Quizás deban pasar muchas más cosas hasta que se den cuenta de eso. Mientras tanto, la presencia de un árbol ayudaría incluso a camuflar eso que ellos mismos ven como continuas invasiones. También somos tecnología, solo que una tecnología ancestral que nos constituye y nos conecta a los tiempos más remotos. Nuestra experiencia no es solo individual, sino colectiva, y gracias a ella hemos desarrollado una perspectiva amplia y profunda. Pero no hay dudas de que, aun sin ese potencial árbol, el lugar es fotogénico. Con sus formas y simetrías inusuales, las distintas tonalidades de la piedra, el cruce repentino y siempre espectacular de las palomas y, sobre todo, la promesa latente de un milagro. Según algunos, el templo inacabado de la Virgen María está construido en un punto crucial donde convergen las energías. Por lo tanto, recomiendan visitarlo a las personas hipersensibles, con depresión o falta de confianza en sí mismas. A quienes han sufrido alguna parálisis les sugieren estancias más largas. Aseguran que el lugar aporta alegría, deseo y fortalece las defensas del organismo. Y

eso, en algún punto, es verdad. Solo que como nadie termina de explicar cuáles son esas energías ni de dónde provienen, da la sensación de que a los visitantes se les requiere hacer algo tan especial como impreciso. Entonces, sobresalen dos clases de conductas: la de las personas que, como el abuelo, recorren el terreno con seguridad y hasta tocan la piedra para que el contacto sea más fluido, y la de las personas como Marek que caminan de forma desordenada, repetitiva y confusa. Lo mismo puede decirse de las parejas: están las que ocupan el templo inacabado con armonía, como si los mantuviera unidos un hilo invisible y, cada vez que uno de los dos lo desea, se fusionan en un beso o un abrazo; mientras que otras parejas se resquebrajan ya en el umbral del templo y ni siquiera tropezándose logran reencontrarse.

Jakub ve a su madre tirada en un rincón, de rodillas, junto a una de las entradas. Intenta oír lo que dice, sin dejar de prestar atención a su abuelo, quien le cuenta que un caballero del siglo XIV construyó el convento que está al lado de la iglesia inconclusa en agradecimiento a Santa Inés de Bohemia por haber curado la infertilidad de su esposa. Incluso hay quienes dicen que, en algún lugar del convento, podrían estar escondidos los restos de la santa. Jakub se queda expectante. Como si el abuelo tuviera algo que agregar, pero, al parecer, eso es todo. A él le da la impresión de que falta algo: un dato, una aclaración, algún desenlace. Aun así tiene sentido: en cierto modo, la historia del convento es tan inconclusa como la Sagrada Familia y como ese mismo templo de Panenský Týnec que él conocía de nombre y tiene la sensación de estar viendo por primera vez, aunque en el auto le aseguraron que, cuando Jan y él eran muy chicos, iban ahí con la misma frecuencia que al cine o al

teatro. Al principio le había parecido que su madre estaba rezando de un modo poco natural, pero ahora se da cuenta de que simplemente repite, con la cadencia de un zumbido o de un arrullo, una serie de frases cortas y tranquilizadoras: "Bueno, ya está bien, ahora sí, todo en calma, sí, no hay de qué preocuparse, ya, ya, todo está perfecto".

Aunque Jakub la sigue observando porque no deja de sorprenderlo su conducta, comprende que, en realidad, eso es algo que su madre suele hacer con frecuencia. Ahora que se pone a pensar al respecto, descubre que el recurso de Tereza consiste en ponerse fuera de la escena, desaparecer del cuadro y luego invocar una especie de calma que, al mismo tiempo que la solicita, ella misma intenta producir. Más allá de la dificultad que implica atender simultánemente a lo que dicen su abuelo y su madre, la particular acústica del lugar hace que todo lo que se diga resuene en cada rincón del templo. En especial, el ruido de las palomas.

Jakub tiene la sensación de que también el abuelo está pensando algo parecido. Porque la mira en silencio a su nuera, se queda un instante callado y, entonces, los dos la escuchan a Tereza pedir por la familia, por la paz y la armonía del hogar, "ya está bien, ahora sí que todo está bien".

Al darse vuelta para mirar hacia el lado opuesto, Jakub ve a un borracho durmiendo en esa especie de ventanal sin vidrio que forma la piedra, justo enfrente de la entrada.

—No creo que esté borracho y mucho menos dormido, esa es una típica pose para absorber energía.

—No lo había visto —le dice Jakub al abuelo con expresión grave pero voz risueña.

—Estabas mirando el templo —responde el abuelo. Como si el borracho no estuviera dentro de él.

Jakub tiene la impresión de que si algún escéptico intentara explicarse por qué tantas personas le atribuyen propiedades curativas a ese sitio, diría que la causa es el movimiento y, sobre todo, el ruido grave, prolongado, monótono e incesante de las palomas: van de acá para allá, de abajo a arriba, de izquierda a derecha, en diagonal, en línea recta, juntas, separadas, en pareja, rápido, despacio, lúcidas, totalmente perdidas. De un extremo de la historia al núcleo del presente. Tampoco le queda claro si el magnetismo que le asignan se debe a la misteriosa estructura inacabada del templo o a las condiciones inherentes del terreno. Entonces, se le ocurre preguntarle al abuelo si se acuerda de aquella tragedia absurda que había leído en los diarios poco antes de la Revolución de Terciopelo.

—¿La del luchador de karate que mató a toda su familia en Kolín?

—No, no, esas tres muertes consecutivas tras la caída de un perro desde el último piso de un edificio.

—Ah, sí. En realidad fueron cuatro porque el perro también murió. Eso pasó a finales de la década del ochenta, en Brasil.

—No, no fue en Brasil.

—¿Colombia?

—Tampoco, fue en Río de Janeiro, en Argentina. Ayer me acordé del día en que me contaste eso y me puse a buscar más información. Parece que la primera víctima, que venía de hacer las compras, murió en el acto y también la segunda, que había cruzado la calle sin mirar, atraída por una multitud de curiosos. El tercero, sin embargo, murió en la ambulancia camino al hospital luego de

infartarse al ver todo eso. Ninguno de los muertos se conocía entre sí.

—Me acuerdo como si fuera hoy.

—Yo traté de imaginar qué estarían haciendo ese día los dueños del perro cuando se cayó de ese balcón. Si siempre lo dejaban ahí o justo en ese momento se metió en un lugar al que nunca iba. Aunque, en realidad, en lo que no puedo dejar de pensar es… en... nada.

—¿Qué? ¿En qué?

—La gente supersticiosa. Casi siempre incorpora rituales obsesivos para tener suerte, para que les vaya bien, pero no para evitar tragedias. Como si hubiera en esa búsqueda algo demasiado optimista, ingenuo.

El abuelo está a punto de contestar, con un evidente dejo de preocupación, pero Marek, su hijo, lo llama con una cotidianeidad que contrasta con el escenario. Lo interrumpe para decirle, indignado, que a Jan no lo puede salvar ni la energía del templo inacabado de Panenský Týnec. La excursión no tiene sentido, mejor volver cuanto antes. Tal vez, si no hay mucho tránsito, lleguen a ver el partido entre Sparta y Dukla. Luego de quedarse mirándolo en silencio, Jakub le contesta que la excursión no terminó porque aún queda otro lugar por recorrer.

—¿Cuál? Si se puede saber.

El azul del cielo se rasga con el ruido de un trueno que sale de la nada y retumba en cada una de las piedras del templo.

—Cerca de aquí, en el pueblo de Klobuky, hay un menhir —dice el abuelo en voz alta, con un tono involuntariamente solemne que, en realidad, arrastra del diálogo con Jakub. Lo escuchan cada uno de

los miembros de su familia. También unos turistas que acaban de entrar al templo y, al parecer, entienden el idioma.

—Un menhir —repite Marek, queriendo arrogarse la atención obtenida por su padre, aunque sin disimular del todo que no conoce el significado de esa palabra.

—Sí, el Pastor Petrificado, el menhir más grande del país que data del siglo IV antes de Cristo, probablemente del tiempo de los boyos, la tribu celta que anduvo antiguamente por estas tierras.

Los turistas, que, en realidad, son checos porque vienen de la ciudad morava de Brno, se sienten interpelados. Tenían la idea de ir también allí. Le preguntan si él puede guiarlos.

No entran todos en el auto. El abuelo supone que a Marek no le entusiasma la idea de ir caminando y decide que su hijo y Tereza vayan en el coche luego de pasear un rato en la zona del convento. Él, junto con sus dos nietos y el grupo de turistas harán la caminata hacia ese otro enclave místico que es el menhir.

—Lo único que no puedo organizar es la lluvia —dice el abuelo con buen humor y, ante las risas de fondo de los turistas, agrega que, a lo sumo, se mojarán un poco.

Marek interrumpe lo que estaba haciendo con su teléfono para despedirse de todos. Como si él mismo, y no su padre, acabara de disponer la división. Tereza y él salen hacia el pequeño parque de juegos infantiles que hay en dirección al convento. Marek se asusta con una presencia extraña que espía a través de una de las ventanas superiores. Espantado, le señala el espectro a su mujer. Ella esboza una sonrisa asombrada y le explica que solo se trata del muñeco de una monja. Un homenaje a la orden religiosa del convento. Nada más que eso. Marek no responde. Vuelve a respirar con tranquilidad

y se queda mirando la biblioteca del convento. Le asombra que casi no haya libros de religión sino, sobre todo, novelas, ensayos filosóficos y varios volúmenes de poesía de autores centroeuropeos. En eso también se equivoca. Todo libro expresa una mirada religiosa que se desprende incluso del hecho de ser un sacrificio y, al mismo tiempo, una segunda vida de los árboles. También hay un cajoncito de cartón con ejemplares muy amarillos que el convento invita a llevarse gratis. En esa pila de apenas seis libros, Marek encuentra uno en español que no logra entender de qué se trata, pero separa y se lo guarda para regalárselo a su hijo. Aunque a él no suele contarle muchas cosas, lo ha escuchado a Jakub hablar con el abuelo sobre sus avances en ese idioma.

VIII

Ir desde la iglesia inconclusa hacia el menhir requiere una hora y veinte minutos, caminando por una ruta casi desierta por la que, muy de vez en cuando, pasa alguna camioneta de envíos internacionales y también bicicletas. El cielo parece haber recuperado su esplendor y los seis excursionistas van en busca del menhir más grande del país que, según explica el abuelo, en realidad es el único que cuenta con el aval de los historiadores.

Buen ánimo, botellas de agua que nadie sabe de dónde ha sacado el abuelo y una dosis de energía renovada. Incluso Jan parece estar disfrutando el momento. Al comienzo de la caminata, se siente cierto espíritu de comunidad y, a la vez, se van armando grupos aleatorios. Jakub, sin embargo, no se despega en ningún momento de su abuelo, que ahora va adelante, junto a uno de los turistas de Brno, comentando el poder de las leyendas, como una necesidad que tiene la gente de atribuirles a esas historias anónimas y borroneadas por el tiempo la responsabilidad de sus propios actos. Atrás completan el grupo un hombre y una mujer y, por último, Jan, que se integra a la charla con toda naturalidad. Les cuenta que, en su última visita a Brno, terminó durmiendo en Franz Kafka Špitál, un extraño hostel instalado en un antiguo hospital. Al notar que sus interlocutores no lo conocen, Jan se limita a explicarles que las habitaciones provocan claustrofobia y las camas resultan casi insufribles. Aun así, el

alojamiento sale bastante caro: los dueños venden la experiencia como turismo aventura y, al mismo tiempo, explotan la imagen de Franz Kafka.

Antes de que Jan termine de hablar, el hombre le dice que, si bien no conoce ese sitio, le recuerda a un hostel en Liubliana cuyo encanto es que ahí había antes una cárcel.

Lo que en un principio es un camino predecible que conduce a un horizonte de cielo abierto y sol se convierte, al llegar a uno de los pueblitos intermedios, en un sendero de tierra rodeado por árboles que comienza a llenarse de nubarrones.

Todos están muy entretenidos con su charla. El único que se fija en el clima es Jakub. Tiene la sensación de que, más que ir caminando hacia el menhir, se están escapando de esa gran nube negra que flota sobre sus cabezas. Hasta que, en el preciso momento en que empiezan a verse enormes plantaciones de trigo, se larga a llover. Primero, una duda que no se sabe bien si es una gota; luego, una seguidilla consecutiva de truenos y un brusco cambio de temperatura que lleva a pensar a Jakub con remordimiento por qué no se trajo un abrigo si tiene la mochila vacía.

Cierta sensación de miedo se cuela en el espíritu colectivo y, finalmente, arrecia una lluvia que los confronta en mitad de la nada, indefensos, aun cuando el abuelo, ya un poco más molesto, intenta compensar con palabras la incomodidad que padecen a nivel físico. Cuanto más se desespera por dentro, Jakub nota que más fuerte se pone a llover. La remera negra adquiere una tonalidad más oscura que de costumbre, el short se pone muy rígido y lo peor es la certeza de que se le están empapando las medias, a tal punto que,

cuando pisa, percibe charquitos dentro de las zapatillas. Y tiene frío, bastante frío, aunque estén en pleno verano. Ahora, encima, detecta un fuerte dolor de cabeza. El abuelo distribuye al grupo bajo dos árboles que reducen apenas el impacto del agua de la lluvia, casi sin modificar la situación.

Jan se ríe. Esa situación adversa lo hace sentir cómodo. Anima a su hermano a seguir caminando. Como si se burlara de él. No queda otra opción y solo falta un cuarto del trayecto. La lluvia no amaina. Uno de los turistas de Brno enciende un cigarrillo y, luego de unas cuantas pitadas, la tormenta ofrece una tregua que no dura mucho. Avanzan. El cigarrillo se apaga con el agua. El camino cambia bruscamente. Llegan a un lugar por el que tienen que doblar varias veces. La zona se empieza a inundar, el calzado incorpora más y más barro a cada paso y la señal de internet se vuelve más y más tenue hasta casi desaparecer. A Jakub le duele tanto la cabeza que siente cómo retumban cada uno de sus pasos. Para calmarse un poco piensa en desaparecer. Atraviesan una granja similar a la de los Jansa, pero con corrales, gallinas, caballos y una fábrica. Otra vez se larga a llover con mucha fuerza y el grupo vuelve a distribuirse entre dos árboles que intentan dar lo mejor de sí pero apenas llegan a ofrecer refugio.

Un silencio denso, tal vez reflexivo, se empieza a apoderar del grupo y mientras intenta suavizar su pisada para amortiguar el impacto de los pasos en su cabeza, Jakub se pone a mirar a los caballos: los cuenta, los clasifica, siente que le están herrando la cabeza. Son seis y hay una yegua muy joven. Le están herrando el cráneo. La lluvia complica, los pone inquietos. Le están herrando la sien. No soporta el dolor de cabeza. Los caballos se nos parecen.

Tienen nuestra misma nobleza. Está por ponerse a gritar y llorar del dolor. Son los árboles de la fauna. Se le viene a la cabeza la imagen de su padre y vuelve a confirmar que nunca está cuando se lo necesita. Ya no aguanta más el dolor de cabeza. Va a decírselo al abuelo al oído y el abuelo, como si hubiera estado esperando todo el tiempo esa información, lo mira a los ojos, levanta los brazos y los ubica casi sobre los hombros de Jakub pero sin llegar a tocarlo. Cuando los ojos del abuelo se ríen y le pregunta cómo está, Jakub ya se siente mejor. Con un alivio que se parece bastante a la alegría, lo escucha al abuelo anunciar al grupo que la tormenta vuelve a ofrecer otra tregua y esta vez será más larga y alcanzará de sobra para hacer el último tramo. Mientras comprueba una vez más que el dolor de cabeza se ha ido, Jakub piensa que nunca le preguntó al abuelo cómo hace para saber tanto del clima cuando en todos los países del mundo la gente se queja de que es cada vez más imprevisible. Solo se trata de una apreciación subjetiva con muy poco fundamento empírico, motivada por la admiración que siente por él. Luego de avanzar unos metros por el último tramo del sendero que cruza la granja desembocan en una ruta bastante concurrida. Los autos pasan en ambas direcciones a toda velocidad. Cuando están por agradecer que al fin ha parado de llover, sienten otra vez el calor agobiante del verano: el sol se come la nube negra y brilla hasta el agobio.

La pareja de Brno, aunque no se entiende bien si lo son porque no se les ve ninguna muestra de afecto, se pone a cantar "Sunny Afternoon", de The Kinks. Enseguida se suma el tercer turista y, poco después, Jan. Luego el abuelo y, por último, Jakub. A pesar de que los únicos que saben la letra son los tres turistas de Brno y Jan,

todas las voces se acoplan de un modo bastante natural y armónico. Enseguida, circulan botellas de cerveza que también ayudan a combatir el calor pegajoso del sol. El abuelo se saca la camisa y sigue caminando con el torso desnudo, entonando ahora con una intensidad aún mayor la canción de The Kinks. Todos lo imitan. Incluso la chica, que se queda en corpiño y atrae la mirada lasciva de los hombres. Aunque nadie puede advertirlo porque acaba de ponerse los anteojos de sol, Jakub contempla el torso curtido pero aún fibroso de su abuelo y piensa que, sacando a la chica, es el que tiene mejor físico de todos. A pesar de la edad. Ahora la canción reposa en el estribillo autorreferencial que insiste en el summertime. Todos repiten esa frase. Una y otra vez. Agitan sus prendas en el aire y una suerte de euforia modesta se apodera del grupo, a excepción quizás de Jakub: le agrada lo que está ocurriendo pero no deja de causarle extrañeza. Como si ese clima festivo le resultara demasiado ajeno. Las voces de "Sunny Afternoon" empiezan a aturdirlo un poco y el alivio de no sentir ya el dolor físico cede ante la sensación de que el verano se derrite a una velocidad que va más allá del alcance de su conciencia. En los últimos años, Jakub ha puesto en práctica distintas estrategias para combatir esa fuga irremediable del verano: un trabajo temporal y mal remunerado, coleccionar mariposas o hacer una lección diaria de español para que los días no pasen de un modo tan vertiginoso. Un ser vivo tan paciente como un árbol jamás lo entendería, pero la presión que él mismo se impone es tan grande que no disfruta los veranos y, de ese modo, su estación favorita —qué mala idea eso de preferir una por sobre las otras— cada año pasa un poco más rápido. Ahora mismo cierra los ojos. Trata de abstraerse de su propio calvario.

Nosotros no podemos entenderlo. Da un trago más largo a la cerveza y vuelve a plegarse al canto que acaba de incorporar también una sucinta coreografía muy eficaz a la hora de despertar las carcajadas del grupo. El caos de la música provoca un nuevo cambio de lugares: ahora, la pareja, que no se sabe bien si lo es, ha conquistado la primera posición, alcanzando la línea del abuelo y, debido a la mezcla siempre estimulante de lúpulo y sol, la chica que hasta el momento casi no había abierto la boca hace algo que parece incomodar a su supuesta pareja: pasa el dedo índice por el torso rugoso del abuelo, recorriendo de arriba a abajo la totalidad de su espalda. El abuelo se detiene y la mira con cierta complicidad, a la espera de una explicación que no tarda en llegar, aunque solo resulta distinguible a sus oídos. A los demás los abstrae de todo su propio canto. El abuelo no se siente incómodo. Le pregunta su nombre y cuando ella se lo dice se ríe con cara de asombro. La coincidencia realmente lo sorprende y hasta lo alegra, a tal punto que se pone a cantar con más entusiasmo. Con toda la discreción que le permiten sus ganas, la chica le deja en un bolsillo del pantalón su tarjeta de visita.

La supuesta pareja de la chica parece debatirse entre reaccionar o reprimirse. Se la agarra con el viejo. Le anuncia que le gustaría saber algo. El abuelo, sin rodeos ni segundas intenciones, lo anima a hablar. Él se queda callado. Como si hubiera anticipado la pregunta antes incluso de que exista y, tras mirarlo otra vez de arriba a abajo, le pide, de una forma tan débil como atrevida, que trate de explicar lo que significa ser viejo.

Los demás siguen cantando. Solo están escuchando Jakub, el propio abuelo y también la chica, que primero fulmina al muchacho

con la mirada y luego le pide disculpas al abuelo. Él, sin ninguna hipocresía, le aclara que no hay problema y le contesta que, en el último tiempo, ha pensado mucho en eso: aunque por suerte se siente bien, hay algo bastante concreto que no está seguro de poder poner en palabras. El muchacho que le había hecho la pregunta se queda mudo, como si la serenidad y la calma del abuelo le hubieran infligido un inesperado golpe letal. El propio Jakub se queda tan asombrado como expectante: nunca había escuchado a su abuelo quejarse de algo. En todo caso, intuye que ese gesto inédito se debe al valor que le da al sentido de la comunidad, aun cuando se trate de un grupo de personas que acaban de conocer y, probablemente, nunca más recuerden.

—Para mí la vejez es la imposibilidad de poder decir si algo nos está sucediendo por primera vez o no: un lugar, un libro, una película o una mujer —dice mirando a la chica, que se acomoda lentamente el pelo detrás de la oreja. Aunque el joven de Brno advierte el gesto seductor de ella, para él resulta más interesante ahora esa idea que el abuelo acaba de esgrimir de un modo no muy simple. No está seguro de haber entendido o, tal vez, lo ha entendido muy bien, y hasta quizás se sienta un poco identificado.

—¿Pero sentís que te pasa muy seguido eso? —pregunta Jakub con cierta alarma.

—No es grave, ni siquiera algo malo, solo eso: no termino de darme cuenta de si algo lo estoy viviendo por primera vez o se trata de la quinta o sexta repetición. Me pasa, sobre todo, con las películas: antes, tan solo con ver el título, sabía perfectamente si la había visto o no. Ahora, incluso, puedo empezar a verla y sentir que algo me resulta familiar, pero tardo muchísimo en darme cuenta de

si ya la había visto. Es como si el detector de primeras veces se fuera gastando. Pero lo que más vértigo me da es pensar las veces que ni siquiera me entero y creo ingenuamente que veo y hago algo por primera vez —concluye el abuelo mirando fijo a la chica.

—Como en los sueños —compara Jakub—. Hay sueños en los que uno está totalmente entregado y no se cuestiona nada y sueños en los que, de a poco, empezamos a dudar.

—¿Se acuerdan de la pandemia? —pregunta uno de los tres turistas de Brno.

—Ufff —exclama el abuelo—. Pienso bastante en eso. Quizás es el primer acontecimiento público de cierta densidad que experimentamos después de muchos años. En una época que, en general, se caracteriza por ser bastante leve —concluye como si estuviera al tanto de lo que sucede en cada rincón del mundo.

El silencio parece indicar que existe la intención de proseguir ese pensamiento. El espíritu del grupo, sin embargo, va en otra dirección.

—A nosotros nos liquidó en lo que hacemos —dice el que acaba de sacar el tema.

—¿Qué hacen? —pregunta Jan de un modo extraño, casi como si hubiera querido decir cualquier otra cosa y lo que menos le importara en el mundo fuera, justamente, lo que acaba de preguntar.

—Somos un trío de músicos profesionales y durante la pandemia tuvimos que ponernos a hacer otras tareas.

El abuelo, que parece haber perdido un poco de interés, está por agregar algo sobre los innumerables obstáculos que provocó la pandemia en la granja y los animales, pero se detiene para

mostrarle a la comitiva un sendero lateral que se abre a la izquierda del camino.

Toman ese sendero y ven a lo lejos un conjunto de arbustos que rodean al menhir. Nadie dice nada. El lugar parece imponer un silencio que solo admite la contemplación. La mayoría de los miembros del grupo vuelve a cubrirse el torso. Con una voz baja que, de a poco, gana en intensidad, el abuelo explica que la primera mención documentada del menhir se remonta a un mapa militar de 1764. Da la sensación de que, con sus palabras, el abuelo también echa raíces. Se lleva las manos detrás de la cintura y da pequeños pasos en varias direcciones que terminan siempre en el mismo lugar. Dos de los turistas de Brno se desesperan por sacar fotos. Como si vinieran del otro lado del mundo o nunca más pudieran volver a este lugar. No dejan, sin embargo, de prestar atención. Sobre todo la joven. Ella misma le pregunta qué significa.

—Es un elemento bastante típico de la cultura celta —contesta el abuelo. Enumera motivos sexuales, agrícolas, religiosos y espirituales no muy comprobados—. También es posible que este menhir —el más alto del país y, en rigor, el único auténtico— sea de los boyos, el pueblo celta que habitó este territorio incluso antes que los eslavos, en el siglo IV antes de Cristo y, de hecho, aquí se descubrieron algunas de sus tumbas.

La chica parece desconcertada. Trata de pensar dónde y cuándo había escuchado antes lo que ese señor interesante acaba de decir. Su supuesta pareja le muestra a ella —solo a ella— la iglesia que se distingue a lo lejos y la dirección en la que, se supone, queda la mítica colina Říp, el lugar donde se instalaron los primeros eslavos

liderados por el célebre patriarca Čech, que dio nombre al país, es decir, a Chequia.

—Cada vez que suenan las campanadas de la iglesia del pueblo de Klobuky, el menhir avanza lo que mide un grano de arena. Y cuando finalmente llegue a la puerta del templo será el fin del mundo —anuncia el abuelo con una voz amable que provoca miedo.

La supuesta pareja de la chica se ríe. Ella lo reta. Jan pregunta por qué al menhir se lo conoce con el nombre de Pastor Petrificado. El abuelo mira a Jakub, que, como un autómata, contesta:

—Hay varias leyendas. La primera dice que la piedra era, en realidad, un pastor que vivió tanto tiempo intranquilo por haber perdido a sus ovejas que no se movió de ese sitio y, en consecuencia, quedó petrificado.

—Otra variante —agrega el abuelo— indica que, en algún momento, podían verse aquí varias piedras alrededor de él por cada una de sus ovejas.

—También se habla de un castigo —aclara Jakub— o todo lo contrario: la posibilidad de que el pastor les pidiera a los santos vivir para siempre, aunque fuera en forma de piedra.

Mientras Jan, Jakub y la supuesta pareja de músicos profesionales de Brno acarician con detenimiento el menhir, el abuelo agrega, sin mucha convicción, que la piedra late y crea, por lo tanto, un campo energético alrededor:

—Produce efectos impredecibles en la zona y en la gente que la visita.

Luego de decir esas palabras, se crea un largo y dramático silencio que el propio abuelo rompe, mientras señala hacia abajo, explicando que el menhir penetra casi medio metro debajo de la tierra e incluso

hay un lago subterráneo. Como suele ocurrir con los símbolos celtas, existe una conexión entre el menhir y la mítica colina de Říp: dos días al año, el 30 de abril y el primero de agosto, si miramos desde el Pastor Petrificado a la montaña, veremos que el sol sale directamente de la colina.

—La llegada del mes de mayo marca el comienzo de la fiesta celta de Beltane, inaugurando la temporada de verano, el momento en que las manadas son conducidas hacia los pastos de las montañas —agrega Jakub—, mientras que agosto trae la festividad celta de Lugnasad, que marca el comienzo de la época de la cosecha, la maduración de las primeras frutas y el momento de reunión de la comunidad.

Cuando termina de hablar, Jakub se da vuelta y camina en dirección a la ruta. Escucha a Jan decir que el problema de esos lugares es que intentan dar por ciertas mentiras muy obvias. El músico profesional de Brno retoma lo que dice Jan y agrega que, en su opinión, lo malo de esos sitios es que, aun cuando nos generen algún tipo de transformación, aunque solo se trate de un dolor de cabeza, jamás vamos a pensar que es por haberlos visitado.

—Buen punto —confirma la chica—, el problema de las profecías es que solo se fijan en el futuro pero descuidan el pasado en el que fueron enunciadas. —Y, en un exceso de entusiasmo, formula una pregunta que todos simulan pensar pero nadie se esfuerza en entender—: Si un día cualquiera de su infancia alguien les dijera qué va a ser de su vida en la adultez, y eso se cumpliera al pie de la letra, ¿ustedes se acordarían?

—Tengo una idea —anuncia uno de los músicos profesionales de Brno—, volvamos aquí el primero de agosto del año que viene y

contémonos si la visita al menhir cambió en algo nuestras vidas. Nosotros estamos mejor que en la época de la pandemia, pero la verdad es que no nos vendría nada mal una pequeña ayudita celta.

Aunque nadie responde, el silencio creado en torno al menhir parece contener una afirmación. Solo el abuelo, que ahora mira hacia la ruta, con la mano en el bolsillo, se pone a pensar en otra cosa. Se escucha una frenada fuerte. Luego de bajarse del coche y decirle algo al oído a Tereza, todos lo ven a Marek. Camina hacia el menhir con su inconfundible andar un poco chueco. Como en la agonía del final de toda fiesta, su llegada tan prosaica da por concluida la visita. Al verlo a Jakub, le entrega esa segunda vida de los árboles que había encontrado en una caja en el convento y cuando el abuelo le pregunta dónde se habían metido, responde que al principio se desviaron a propósito y, luego de un breve descanso, no encontraban el lugar.

Interludio. Un claro en el bosque

Todavía ni Jakub ni el abuelo los han nombrado. Que yo sepa, tampoco nadie en su familia. Ni siquiera aparecen con frecuencia en diarios y noticieros. Están, sí, pero en forma muy aislada y hay que saber buscarlos. Simplemente no son aún noticia, aunque en este mismo momento está pasando todo lo que los pondrá en el centro de atención durante mucho tiempo. Y cuando el mundo o, al menos, buena parte del país esté hablando de ellos, tal vez ya no sean tan importantes, como pasa siempre, porque una característica fundamental de las noticias es que siempre llegan tarde.

En lo que a mí respecta, no los estoy sufriendo en carne propia, pero lo que debería quedar claro en este interludio es que el hecho de que tantos otros los sufran no me deja inmune ni indiferente, a tal punto que empiezan a estar en riesgo varios bosques.

A ellos, sin embargo, no los culpo. No puedo hacerlo. También son parte del bosque y hasta quieren lo mismo que nosotros, solo que el camino que debemos recorrer (esto es, por supuesto, una paradoja) para conseguirlo nos encuentra en la vereda opuesta. Tampoco puedo decir que los respete ni que me inspiren amor. Al contrario. Los odio, los odiamos. Los desprecio con toda la meticulosidad y el rigor que me permite mi paciencia milenaria. En algún momento, Jakub va a vernos como una divinidad, pero está claro que no lo somos, solo formamos parte de lo divino porque pertenecemos tanto

al orden humano como al ámbito de los objetos: somos cosas con pulso. Nada más que eso. Aun así no deja de conmoverme algo que también tiene que ver con nuestra segunda vida, esa especie de piel sólida que le damos a la escritura para que se materialicen las historias. Muy pronto en los medios de comunicación y en la familia de Jakub y su nieto —Jakub y su abuelo— se hablará de ellos como un solo grupo indistinto, aunque lo cierto es que hay muchos, y la especie que más nos ataca a nosotros se llama *Ips typographus*. Su nombre también tiene que ver con la escritura: se refiere a los patrones que crean sus larvas al excavar galerías bajo nuestra corteza para alimentarse, similares a las marcas de escritura o a las líneas de texto impresas en una página. A pesar de que esa relación me resulta atractiva, no alcanza ni siquiera para mitigar el odio ancestral que siento hacia ellos.

IX

A Jakub lo sorprende la reunión familiar convocada por el abuelo. Vienen de pasar casi todo el día juntos y en ningún momento insinuó que hubiera algún conflicto que resolver. Cuando el abuelo convoca a una reunión, suele ser para comunicar un asunto que lo preocupa y, de hecho, ve algo distinto en su mirada. Un transatlántico con una fisura imperceptible. No se acuerda quién le había hablado de una obra de teatro en la que, en un momento, se dice de un personaje que su mirada es más linda que sus ojos. Hoy Jakub ve algo distinto en su abuelo. Esta mañana de domingo, mientras todos empiezan a sentarse con desgana junto a la mesa del living, sin imaginar siquiera el pasado del noble pino que le dio su madera, él percibe en su abuelo una gran nube personal que parece volver un poco más lentos sus pensamientos.

—No es nada grave —dice, cuando todos terminan de acomodarse alrededor de la mesa con algún té o café—, pero sí lo suficientemente importante como para hablarlo. Marek, por favor —le pide a su hijo, que solo presta atención al celular.

Tereza lo mira obnubilada y, enseguida, su propio rostro es alcanzado también por la influyente nube de su suegro que, sin embargo, no alcanza a incidir en los ojos de Jan, ocultos por lentes de sol.

—Estamos atravesando algunos problemas económicos y es necesario ponernos de acuerdo en ciertos puntos para que la situación no empeore en los próximos meses.

—¿Otra vez? —pregunta Tereza, con un tono de preocupación que parece sorprenderla a ella misma—. ¿Corre algún riesgo la Cena de Promoción?

—Era previsible que la coyuntura de la pandemia traería problemas. Pero ahora que se terminó, la situación tampoco mejora. Cada vez que hago las cuentas del mes, se repiten los números rojos. Estamos gastando más de lo que ingresa. Sobre todo por el último granizo que causó muchos problemas en el establo, pero también es cierto que estamos gastando mucho. Y no, al menos este año la Cena de Promoción no está en riesgo.

Algunos de los convocados a la reunión se esfuerzan por recordar en qué momento, más o menos reciente, cayó granizo. Hasta que un tono muy agudo que contrasta con la voz firme del abuelo les corta el hilo de su búsqueda mental.

—Yo también quiero hacer un anuncio —dice Marek, como si hubiera entendido solo el contorno de lo que el abuelo acaba de decir y creyera que se trata de un concurso de humor en el que, luego del abuelo, él podrá utilizar un turno para contar su propio chiste. Y así hasta completar la ronda—. Esto sí es importante y voy a necesitar la ayuda de todos.

Jakub había escuchado alguna vez que entre parientes muy cercanos suele darse una semejanza física que no se percibe tanto como parecido sino más bien como caricatura. Marek es el retrato caricaturizado del abuelo y algo en lo que acaba de decir parece

confirmarlo, a tal punto que no se entiende si está hablando en serio.

—Pero ahora estoy hablando yo —reacciona molesto el abuelo—, en todo caso convocá a tu propia reunión para contarlo.

—Es que hace tiempo que quiero decirlo y no encuentro la oportunidad de hacerlo —insiste Marek, sin mirar a su padre a los ojos, pero, al mismo tiempo, atento a su teléfono. Como si estuviera a punto de sonar.

—A ver si te queda claro que ahora estoy hablando yo.

—Todo va a estar bien —intercede Tereza, como quien prueba la calidad de su voz luego de pasar más de un día en silencio—, y perdón que me meta, pero lo que Marek tiene para decir no solo es importante, sino que también tiene que ver con lo que usted empezó a decirnos.

El abuelo está a punto de responder, pero se queda un instante quieto. La intervención de Tereza lo ha desorientado. Se la queda observando unos segundos. Luego pasea su mirada por el teléfono de Marek y, en último lugar, por el rostro desencajado de su hijo.

—Bueno, dale, es tu momento de interrumpirme y contarnos tu gran hazaña —dice con bronca el abuelo, despertando una violenta carcajada de Jan.

—Es que no es ninguna hazaña. Al contrario: estoy bastante avergonzado.

—Bastante avergonzado —repite el abuelo, parodiando ahora la voz insegura de su hijo.

—Contraje una deuda.

Da la impresión de que el abuelo tiene preparado un arsenal de respuestas explosivas contra su hijo. Sin embargo, se queda otra vez

en silencio, desconcertado. Ni siquiera en pleno acceso de furia logra delegar las riendas de la familia. Y esta vez, sin ningún sarcasmo, le hace un gesto a su hijo con la mano derecha para que continúe.

—No es tanto, pero los intereses son un poco altos y se incrementan día a día —prosigue Marek, utilizando expresiones cada vez menos naturales.

—¿Cuánto sería "no es tanto"? —pregunta el abuelo con la mirada más y más nublada.

—Treinta mil coronas, pero todavía...

—¿Qué? —grita el abuelo escupiendo un poco de té.

—Por eso quería hacer este anuncio.

—A ver si entiendo bien —prosigue el abuelo mientras se limpia la boca con una servilleta—. Yo convoco una reunión para tratar de mejorar la economía entre todos y vos me decís que debés cuarenta mil coronas.

—Treinta.

—Es lo mismo.

—Igual concedo que, si no lo pago pronto, van a ser cuarenta mil.

El abuelo se golpea la cabeza y le pregunta cómo hizo para perder tanto dinero con tan pocas luces.

Marek vuelve a mirar su teléfono, pero esta vez sin insinuar que está esperando una llamada.

—Con el Candy Crush. Reconozco que tengo una adicción con este juego. Los últimos meses tuve bastante mala suerte y perdí muchas vidas.

Jan vuelve a lanzar otra violenta carcajada y, sin mirar a su padre, le dice que después lo critica a él por sus negocios.

Marek se da vuelta. Como si se hubiera despertado de una larga siesta. Lo mira a su hijo totalmente fuera de sí y, con un movimiento torpe y anunciado, intenta darle una cachetada que no llega a acertar. Jan salta de la silla, lanzando su tercera carcajada al hilo.

Tereza se pone a llorar con más ruido que lágrimas y Jakub empieza a hacer su lección diaria de español en Duolingo.

—Ahora no, Jakub —le dice Marek, como si quisiera huir de una persecución mediante un simple cambio de roles.

—¿Por qué no? Está estudiando español y puede acceder a esa otra vida que le ofrece todo nuevo idioma sin gastar nada de dinero. No como vos con ese juego estúpido —concluye el abuelo, remarcando esa última palabra.

Marek agacha la cabeza humillado y reclama que Jakub es su hijo. Como si su discurso y su gesto estuvieran totalmente disociados.

—Y él es el tuyo —responde Jakub algo nervioso. Sin lograr que la frase adquiera sentido, le alcanza para mostrarse a favor de su abuelo mientras se siguen escuchando los sonidos aprobatorios de Duolingo.

—Te agradecemos tu mensaje —interviene el abuelo—. Ahora yo te comunico que no voy a reconocer tu deuda dentro de la economía familiar. Así que vas a tener que pensar cómo pagarla.

X

Cuando Jakub abre los ojos no nota ninguna diferencia respecto a la oscuridad. Cree que está despierto y se equivoca: el sueño continúa. Una leve intuición lo impulsa a mirar más allá de la puerta de su cuarto. Aunque de noche suele permanecer cerrada, esta vez mantiene un pequeño resquicio que permite vislumbrar el pasillo y, al fondo, a la altura del cuadro con manchas y rayas, un resplandor rojo, círculos concéntricos de luz y calor que parecen envolverlo todo y se entremezclan con lo que acaba de soñar pero ya no recuerda aunque siga soñando. Todo es oscuridad y, al mismo tiempo, el resplandor rojo avanza lento pero constante. No solo por el pasillo de la casa, ganando también terreno en esa frontera siempre difusa entre el sueño y la realidad. Jakub sospecha por primera vez que sigue soñando, aunque tampoco descarta estar despierto. Como esas veces que, luego de comer pizza, sueña que toma un vaso de agua que, haga lo que haga, siempre desaparece: se deshace en la mano, se vacía un instante antes de terminar de llenarlo, se pospone indefinidamente en las intermitencias caprichosas del tiempo onírico. Recuerda una idea que se le ha ocurrido en el sueño anterior y la escribe en el sueño actual para no olvidarla: el tiempo es un tren. El que logra subirse sigue en el juego y se mantiene en camino. El que no, se queda afuera y pierde el rumbo. Al leerla se da cuenta de que lo que acaba de escribir solo conserva un diez por ciento de la idea

original. Sabe que ya no tiene sentido intentar recordarla. En el sueño, se despega de la cama. Degusta el silencio de la casa, interrumpido apenas por el sordo rumor de algo que se está llenando antes de estallar, a manera de un doméstico volcán en erupción. Entre pensamientos abstractos, surge uno bien concreto: siempre le gustó la leña. Su ideal de vivienda es una casa con hogar. Le gusta el olor a leña por sobre cualquier practicidad. Incluso encuentra en la tan mentada frase "hacer leña del árbol caído" una plasticidad mucho más poética que la rigidez de todos los demás refranes. Sigue sin recordar el sueño anterior, pero siente que está por emerger una de las últimas palabras que pensó, dijo o escuchó (no está en condiciones de resolver esa duda) dentro de la espiral de escenarios y diálogos volátiles que acaba de envolverlo. Aunque en algún casillero de su memoria intenta dejar la orden de ponerse a buscarla en otra oportunidad y con más tiempo, tiene la certeza de que se trata de una palabra en español que, ahora sí, empieza a recordar porque cree haber soñado que acababa de aprenderla en Duolingo. Incluso tiene la sensación de que, hasta hace poco, la repetía una y otra vez. Sonido por sonido. Letra por letra. En el piso, debajo de la cama, hay solo una sandalia. Intenta buscar la otra. No aparece. Tanto le pesan los párpados que prefiere ir hacia adelante sin detenerse en detalles intrascendentes. Al caminar, nota un ligero desnivel: un pie está apoyado sobre la goma y el otro sobre el parqué, pero aun así el terreno de la casa se transforma en la ladera empinada de una montaña. Jakub percibe una fisura por la que se empieza a escapar la realidad. Como cuando el año pasado, luego de comprarse un nuevo teléfono y usarlo durante dos o tres semanas, volvió a encender el anterior para buscar un dato que

había quedado ahí atrapado y, de repente, ese objeto hasta hacía poco tan cotidiano se convertía en algo ajeno, extraño. El problema no es el sueño del que casi no recuerda más que esa palabra que aún no sabe si en verdad recuerda. Tampoco este nuevo sueño intermitente. El problema es que está muy cansado y no termina de despertarse del todo, aun cuando algo lo convoca, lo previene ahí donde nadie más está en condiciones de percibir nada porque, al parecer, todos siguen durmiendo. Él, con su sueño tan ligero, siempre está a punto de despertarse, aunque más no sea por el tenue vuelo de una mosca, el insulto desorientado de un borracho que llega desde la calle o algún sonido residual de la heladera o del lavarropas. Siempre está a punto de despertarse y suele tardar mucho en hacerlo. Es un anfibio que, en lugar de vivir en dos mundos, vive entre los dos, es decir, fuera de ambos. Cada paso que da en dirección a la puerta entornada lo despabila un poco. El resplandor rojo que veía desde la cama empieza a convertirse en una bocanada incontrolable de fuego. Fuego, fuego que desborda de un hogar a leña que le había llamado la atención mientras escroleaba Instagram. Devora la reproducción del cuadro con manchas y rayas y avanza. Avanza y se expande. Como un tsunami de caballos alados por el pasillo en dirección a todos los dormitorios del primer piso: el de sus padres, el de Jan y el suyo. Quizás solo el del abuelo esté a salvo porque queda en la planta baja. Lo despabila, dentro del sueño, el pánico de ser el único en enterarse de que todo está a punto de perderse; pero la propia exigencia de convertirse en el único sobrevivivente lo arropa y lo incita a entregarse aún más al sueño.

Sin saber lo que pasa, entiende que el culpable es su padre, a quien ve llorando en el sillón, desesperado por haber dado origen, con su impericia, al fuego. Y, como siempre, nota que está demasiado ocupado en lamentarse del modo más dramático posible. Paralizado no va a conseguir modificar su conducta. Incluso sin entender qué es lo que pudo haber pasado, está convencido de que si queda alguien en condiciones de salvar la casa y la familia no es otro que el abuelo, y él, por lo tanto, debería haberse limitado a funcionar como un simple ayudamemoria, el actor de reparto que solo está en la obra para que, en el caso de que el protagonista se olvide la letra o pierda el tren, él pueda ayudar sin que nadie lo note, cumpliendo simplemente su papel. El abuelo tiene el torso descubierto. Como durante aquella caminata hacia el menhir, aunque ahora es el fuego el que resalta su contextura física, su esbeltez, el efecto ambiguo que genera en ese cuerpo privilegiado el paso del tiempo. Mientras vuelve a degustar la idea de que todo puede estar a punto de perderse, llega a la conclusión de que tal vez sí recuerde esa palabra en español que no hace mucho acaba de aprender y repetir varias veces. Todavía no lo tiene del todo claro y no quiere esforzarse porque el efecto suele ser peor, pero significa justo lo que está ocurriendo ahora: una bola indomable de fuego arrasándolo todo. En ese instante recuerda a Lenka. O, mejor dicho, confirma que, muchas veces, las palabras que se le aparecen en cualquier aplicación del teléfono tienen que ver con algo que necesita o, mejor dicho, que no necesita pero empieza a tener deseo de comprar; aunque esta vez el algoritmo fue más lejos: la nueva palabra en español que viene de aprender es, más que una publicidad, una amenaza y ha invadido nada menos que el terreno de los sueños.

Sale corriendo al grito de ¡incendio!, ¡incendio!, ¡incendio! Pero cada vez que pronuncia esa palabra que acaba de aprender, se desploma en el suelo.

XI

Un silencio de bosque. Cuando Jakub abre la puerta y aparece junto a esa chica llamada Lenka, hasta el noticiero que había reunido a la familia frente al televisor parece enmudecer. La novedad no está en los vaivenes de un gobierno que se desmorona, sino en esa histórica entrada del hijo mayor que, por primera vez, presenta a una chica a su familia.

El bosque recibe a las personas con la piedad de una casa al detectar a un organismo parasitario. Nunca las rechaza. Al contrario, las atrae hacia el centro como la corriente del mar. Como Lenka se dirige sobre todo a él cada vez que habla, Marek parece obnubilado por sus facciones y, al igual que ocurre con toda persona encantada, no es capaz de escucharla. Lenka no miente pero falta a la verdad cuando dice que Jakub le ha hablado mucho de él y al fin puede ponerles un rostro a esas palabras. Él no habla con ella de su familia y si menciona a alguien es con toda seguridad al abuelo.

Tereza, por su parte, hace gala de una forma de impericia en claro peligro de extinción: le está todo el tiempo encima. Más que ayudarla la hace sentir incómoda. Su conducta compulsiva consiste en acercarle todo el tiempo utensilios y servilletas sin comida que luego le saca y vuelve a poner como si, efectivamente, hubiera comido algo. Jakub las mira perturbado. Lo que más lo enerva es que su madre la cambie todo el tiempo de lugar bajo el pretexto de

ofrecerle a Lenka una buena posición que, inexorablemente, termina encontrando desfavorable: por no estar tan cerca de Jakub, por no poder ver con comodidad la televisión o porque no la convence la calidad de la silla. Su madre suele tener actitudes extrañas, pero Jakub nunca la ha visto hacer algo así. Le hace acordar a Milan, un jardinero que, cuando se subía a un colectivo, cambiaba de asiento cada quince segundos como si, en esas decisiones insignificantes, se estuviera jugando su destino. Al menos Milan no hacía mover de lugar a nadie. Lo más enervante de Tereza es que no solo hace cambiar de lugar a Lenka sino, en consecuencia, a varios miembros de la familia. Pretende convertir el juego de la silla en un ajedrez absurdo cuyas reglas solo ella conoce. A la cuarta vez que Tereza le propone mudarse de lugar, Lenka vomita un "pero no", cuya vehemencia salpica la nariz congestionada de la madre de Jakub.

El abuelo no le clava la mirada, no la atosiga con absurdos ofrecimientos, tampoco se detiene hasta la imprudencia en ningún sector de su cuerpo que no sea su cara. Por el contrario, lo que intenta es contemplar a Jakub bajo la flamante luz de Lenka. De hecho, se lo queda mirando cada tanto sin que él se dé cuenta, con la intensidad con la que observamos un rotundo cambio físico en un ser vivo que conocemos desde siempre. En este momento, sin embargo, está obnubilado frente al televisor. Eso a Jakub, su nieto, lo sorprende. Y como él no llega a ver desde su posición la tele ni tampoco puede escuchar bien porque está prestando atención a Lenka y, sobre todo, al trato que su familia le prodiga a esa chica con la que está empezando a salir, comienza a preguntarse qué será lo que tanto atrae la atención del abuelo, al punto de mantenerlo rígido, casi inmovilizado en el sillón.

—¿Y te gusta ir a pescar? —le pregunta Jan a Lenka, rompiendo de un modo prematuro un silencio que, más que incomodidad, implicaba un intento de asimilación de todas las partes a una situación poco familiar.

Lenka se lo queda mirando como si acabara de hablarle en otro idioma. La sorprende el tono torpemente seductor que Jan remata con un equívoco movimiento de su dedo índice. Pero también el hecho de que su pregunta, lejos de mostrar un genuino interés en ella, carezca de sentido. Es que Lenka acaba de contarle a la familia que, durante su infancia, pescaban con su difunto padre una vez por semana en el río Berounka. Ese recuerdo, sin embargo, no ponía el foco en su afición por la pesca sino, por el contrario, en lo difícil que era para ella elaborar semejante pérdida.

Jakub cambia de tema. Intenta poner en práctica el difícil equilibrio entre disminuir el malestar que nota en Lenka y hacerle ver a su hermano menor lo desubicado de su pregunta, aunque tampoco le sorprende esa actitud en él.

Tereza propone un nuevo cambio de lugar para Lenka. Alega que la luz de la lámpara de pie le está dando de lleno en su rostro. Y ella, en lugar de contestarle, lo mira a Jakub, como esperando una explicación. Luego comenta, dirigiéndose a Marek, la historia de un bar de la ciudad natal de su padre que terminó cerrando a causa de una horrenda política de la casa.

—En el instante exacto en que alguien terminaba de consumir lo que pedía (un café, una cerveza, una salchicha, lo que fuera), el camarero o la camarera se arrojaban de inmediato a la mesa para preguntar si deseaba algo más.

Lenka explica que el objetivo de esa práctica iba en contra de lo que se supone es la esencia de un bar, y yo agregaría también la de un bosque: querían evitar que la gente se sintiera cómoda y echara raíces en una mesa. El cliente podía negarse las veces que quisiera, pero la pregunta se repetía una y otra vez hasta ocasionar un hartazgo que ponía en amenaza la noción del tiempo y del espacio.

—No del camarero de turno, que jamás perdía la compostura ni su supuesta amabilidad, sino del cliente que debía decidir entre ceder a las presiones y tomar o comer algo más, aun sin ganas, o, por el contrario, retirarse.

En ese punto Lenka hace un silencio, esperando algún tipo de respuesta o intervención que no llega: Marek la sigue fascinado con una sonrisa en la boca, Jakub empieza a transpirar de los nervios, Jan no la mira a la cara, el abuelo continúa pendiente de la televisión y Tereza parece a punto de proponer un nuevo cambio de lugar.

Para tapar el silencio, agrega que algunos clientes obsesivos llegaron a desarrollar estrategias para contrarrestar esa no tan implícita forma de agresión, aunque el precio, muchas veces, terminaba siendo más alto que pagar por algo que no se desea consumir. Por ejemplo, ceder el privilegio de la simultaneidad y pedir primero un café y luego, al terminarlo, ordenar un tostado. También estaban los que consumían su pedido en tragos tan mínimos y esporádicos que, cuando todavía les quedaba la mitad de la infusión, resultaba intomable de fría, pero aun así, cedían al sufrimiento de dar pequeños traguitos para que el camarero o la camarera no interpretaran que habían terminado.

—Lo mismo ocurría con la sopa: el eventual cliente aplazaba infinitamente su consumo para evitar que llegara alguien preguntando, con voz amable y casual, si podía retirar el plato. Y, en el caso de que el consumidor sufriera la desgracia de ceder a raíz de un pequeño pero infausto descuido, entonces debía prepararse para lo peor: el momento aciago en que el camarero o la camarera reproducían la pregunta tan temida.

—¿Te gustaría comer algo más, querida Lenka?

—Pero si no comí nada, señora —le responde sorprendida a Tereza, buscando la complicidad de Marek, que ahora no está en condiciones de prestarle atención porque mira fijamente el celular.

—¿Y qué te gustaría comer? —insiste Tereza con un ligero temblor de labios. Como si, de repente, la casa se hubiera convertido en un restaurante.

—¿Vamos a pescar uno de estos días? —agrega Jan sin mucha entonación de pregunta, mientras le roza el muslo izquierdo con su mano derecha.

La reacción de Jakub es la de quien acaba de escuchar un ruido muy agudo e insoportable para cualquier oído humano: se levanta de golpe de la silla y le dice a Lenka que ya han pasado ahí un tiempo prudencial.

—Vamos a tomar un poquito de aire.

—Pero si casi no corre aire con el calor que hace —lo contradice Marek, mirando hacia donde hasta hace un instante estaba la pareja y ahora está Jan, que, al verlo, se ríe de él.

Mientras se acerca a la puerta de salida, esperando la cuota de cordura de la única persona capaz de aportarla, Jakub ve cómo su abuelo lo ignora: achina los ojos y hasta abre un poco la boca en su

intento de escuchar el informe de ČT24 acerca de la nueva amenaza que se cierne sobre el país luego del fin de la pandemia: una plaga de escolitinos, conocidos vulgarmente como escarabajos de la corteza, que atacan, principalmente, a las plantaciones de coníferas. Potenciados por la escasez de precipitaciones, la acumulación de inviernos moderados y una imprecisa razón pospandemia que los científicos comienzan a llamar "inédita valentía de los seres vivos ante los drásticos cambios registrados en diversos ecosistemas", esos bichos insaciables podrían llegar a poner bajo amenaza varias hectáreas de bosques. Agregan los presentadores del noticiero que, según advierten los expertos, no hubo en todo el siglo una plaga peor que la de estos parásitos que dejan sus huevos debajo de nuestras cortezas de tal forma que, en poco tiempo, las larvas comienzan a excavar galerías para alimentarse, lo cual redunda en que, en muchos casos, comencemos a debilitarnos hasta morir.

Mientras lo nota hipnotizado con la televisión, piensa Jakub que ni siquiera en la etapa más frenética de la pandemia a su abuelo le importaban tanto las noticias. Le cuesta entender cómo alguien vital y seguro de sí mismo como él puede quedarse tan inmóvil mientras desfilan frente a él una catarata de números, presagios, estadísticas, sospechas y datos. Por cada pino infectado, la amenaza del escarabajo de la corteza involucra hasta treinta árboles vecinos. Cortar un árbol infectado, para sacarlo del bosque, implica salvar entre una y dos hectáreas al año. Aunque detecta algunas contradicciones e incoherencias que no modifican a grandes rasgos la ecuación, el rostro del abuelo se llena de furia. Sopesa las diferencias que existen entre un gobierno como el de Alemania, que, ante el mismo problema, ha amurallado el bosque para que la

naturaleza se las arregle por sus propios medios, y el de su país, cuya única idea es cortar los árboles. En el caso de no ser malpensado y descartar que el verdadero objetivo radique en explotar la venta de madera, no existe otra opción que reprocharle al gobierno un ingenuo exceso de confianza en las resoluciones de los pretendidos especialistas. Sumido en esos pensamientos se encuentra el abuelo cuando, al escuchar el golpe de la puerta y comprobar que ya no está en el living, se pregunta dónde se habrá metido su nieto, iluminado por la flamante luz de Lenka.

XII

Está acostado en la cama de madera de una plaza. Totalmente a oscuras. Todavía es verano. Está nublado y llueve. No se está perdiendo nada. Se levanta a buscar el celular que ya se cargó bastante. Vuelve a la cama. Escrolea Instagram. Ve un reel que muestra noventa segundos del videoclip de la canción "Never Tear Us Apart". La banda australiana INXS y el director Richard Lowenstein lo filmaron en el centro de Praga. Durante el comunismo. A pesar de ser vieja, la canción lo interpela. Comprende lo que le pasa. La busca en YouTube para escucharla completa y cuando el marcador señala 0:38 segundos descubre algo en el video que nos concierne: una revelación que, con el correr de los días, se convierte en una idea. Su cerebro no diferencia entre un personaje de ficción y un prójimo en problemas. Recuerda una visita que hizo a Praga con su abuelo cuando tenía siete años. Cree que ya había estado antes en la capital, pero esa vez se ha instalado en él como si fuera la primera. Recorrieron el barrio judío y la Plaza de la Ciudad Vieja, vieron el reloj astronómico, cruzaron el Puente de Carlos y llegaron al castillo. En la Basílica de San Jorge, la segunda iglesia más antigua de la ciudad y el lugar que más le gustó del complejo del castillo, vieron el *Kristus z kmene stromu*, una escultura de Jesús tallada a partir del tronco de un árbol. El abuelo le explicó que era una obra de arte realizada por un amigo de él, Otto Herbert Hajek,

al que habían echado del país cuando cayó el nazismo, junto a tantos otros alemanes que no tenían nada que ver con esa guerra. Hajek, sin embargo, fue el primer artista alemán en exponer sus obras en Checoslovaquia después de la Segunda Guerra Mundial, y se convirtió en un gran promotor de la reconciliación entre checos y alemanes. Poco después de la Revolución de Terciopelo, y a través del presidente Václav Havel, donó al país esa obra que, desde entonces, decora la Basílica de San Jorge. Jakub sabe que es una locura, pero se pregunta si la sensación de que todo se le escapa y siempre se pierde algo no tiene que ver con que el tiempo es demasiado lineal. Siempre avanza y nunca retrocede. Le parecería más lógico que el tiempo tendiera a avanzar, sí, pero que cada tanto retrocediera un poco para que algunas cosas no se vivieran una, sino varias veces. Aunque no es algo que se pueda decidir incorporar, le parece sensato. Solo que no es esa la forma en la que funciona el universo y por lo tanto parece una locura. Adelante pero también atrás. La relación podría ser 70/30. Algo así como la división entre la semana y el fin de semana. Durante los días laborales tendría sentido que el tiempo avanzara, pero los fines de semana servirían no solo como ocio, sino también para descansar del avance. De lunes a viernes, hacia adelante. Fines de semana, hacia atrás. Cuando termina la canción, YouTube reproduce otra mucho más nueva y desconocida. No recuerda haberla buscado antes, pero está seguro de que Lenka sí la escuchó. Incluso sospecha que es del artista que ella va a ver sola en un recital en Praga el próximo sábado. La canción se llama “Exploding” y tanto la estética como los gestos, bailes y objetos del videoclip de mehro parecen jugar con la mezcla de épocas. A pesar de su esencia vintage y clásica, Jakub

cree que el mensaje es muy actual y está dirigido al universo de las redes sociales, aplicaciones y pantallas. El cantante, vestido alternativamente con una camisa antigua y un camisón negro de verano, intenta poner en palabras una sensación animal que lo lleva a apretar los dientes y le hace hervir la sangre. No importa. No le importa, le dice, lo que haya hecho ni de dónde venga. Está listo para su "lo que sea". Solo le pide que siga haciendo lo suyo, que incluso lo vuelva loco. Él, de todos modos, está a punto de explotar.

XIII

Al despertarse bien temprano en la mañana, a raíz de una larga serie de asociaciones fortuitas, Jakub se pone a pensar si tenemos algún modo de comunicarnos. Entre nosotros y también con las personas. Con la excusa de ganar algo de dinero, acepta hacer unos repartos de pedidos por la zona, aunque su verdadera motivación es cruzarse con Lenka antes de su viaje a Praga. Le gustaría saludarla, saber cómo está y hablar con ella de esa última canción que escuchó por casualidad. Sale con un pequeño bolso para cambiarse en el caso de que puedan volver a meterse al agua juntos. La busca en la zona del monumento a los caídos en la Primera Guerra. La busca en la capilla custodiada por la escultura de madera de Ludmila de Bohemia, abuela de Wenceslao. La busca en el estanque custodiado por la escultura también de madera del espíritu del agua Vodník, uno de los personajes más conocidos del folclore eslavo y, sobre todo, de la cultura checa, a tal punto que aparece en numerosos cuentos populares y hasta en la ópera *Rusalka*, de Antonín Dvořák. La busca en el bosque que lo atrae hacia el centro como la corriente del mar y reconoce más que nunca su desfasaje y arritmia.

No la encuentra en ningún lado y ahora que está regresando a su casa, tener que ver de nuevo a su familia le produce malestar, sobre todo después de lo que le hicieron pasar con Lenka. Tiene la fantasía de darse media vuelta e irse con lo puesto. Quizás de nuevo a

Barcelona, aunque esta vez para siempre. Llega a considerarlo: baraja algunas alternativas, trata de imaginar cómo se sentiría y luego aleja la idea como quien espanta a un insecto de zumbido insistente. No suprimiéndola del todo sino más bien dejándola en suspenso. Aun así, pospone su entrada y en el umbral decide cumplir con la lección diaria de español de Duolingo, que, esta vez, consiste en usar verbos pronominales y una frase que debe traducir del inglés al español le llama la atención: "Ellos se acuerdan de cosas que jamás sucedieron". Luego del desconcierto inicial, se plantea si esa frase no estará hablando, en realidad, de nosotros; como respuesta a la pregunta que se hacía esta misma mañana acerca de nuestra posibilidad o no de comunicarnos.

Cuando finalmente entra a su casa, ve el televisor apagado, las luces de la planta baja prendidas y, al acercarse al living, se le aparece su padre pidiéndole un favor.

—Acabo de llegar.

—Es una tontería y nos vendría muy bien —insiste Marek.

Tiene que llevar los envases de leche del establo hasta el portón de la casa porque pronto vendrá un camión a buscarlos. Jakub no puede dejar de pensar en el tono con que su padre, incluso con aparente amabilidad, le vuelve a encargar que haga algo como si, además de no tener ningún poder de decisión en los negocios de la granja y depender del trabajo del abuelo, tampoco tuviera brazos. Consciente de que, en cualquier otro momento, se hubiera negado sin sentir ningún tipo de culpa, algo lo lleva a aceptar a desgano. Deja en el sillón su pequeño bolso, se cambia la remera y va hasta el establo. Son más de las ocho y aún es de día. Jakub consulta el calendario de su celular y se angustia al darse cuenta de que ya han

pasado tres semanas del mes de julio y, por lo tanto, empezará a hacerse de noche cada vez más rápido. Reúne fuerzas antes de levantar el primer cajón de botellas de leche y, a gran velocidad, lo lleva hasta el portón de la entrada. El sonido rítmico persiste incluso después de que coloca los envases en el suelo. Hace lo mismo con los otros seis cajones y al volver a su casa ve, sin prestarles demasiada atención, a Marek y Tereza. Toman algo en el jardín junto a la granja y miran en dirección al portón. Controlan a distancia cualquier llegada y salida.

Hablan con un volumen de voz bastante fuerte, como la mayoría de las personas, sobre todo las que se jactan de saber un secreto. No parecen estar atentos a él. Ni siquiera le agradecen el favor de los cajones. Hay algo infantil en la complicidad que mantienen luego de tantos años, a pesar de ellos mismos. Nunca deja de sorprender a Jakub que cada vez que se quedan solos, lo cual sucede casi siempre, tengan tantas cosas para decirse. Justo ellos que llevan una vida tan rutinaria. Aun así, al observarlos hablar, se le pasa por la cabeza que, más allá de cómo son y puedan llegar a ser, tuvieron la suerte de encontrarse porque entre ellos se anulan mutuamente los defectos; o, mejor dicho, se los reparten de un modo bastante equitativo. El amor como condición de posibilidad.

A punto de cerrar la puerta de la casa, los escucha hablar de los problemas de salud de alguien que no parece ser ni él ni ella, sino otra persona. Jakub siente una presión en el pecho —una notificación humana— y como no tiene ganas de hacerles preguntas deja entreabierta la puerta para escuchar mejor, tratando de que sus padres no se den cuenta. Tereza le explica a Marek que es lógico. Ya es un hombre grande, qué se le va a hacer, y toma un largo sorbo

de un vaso helado. Luego descansa su mirada en algún rincón perdido de la granja para, enseguida, volver a mirar a su marido y pronunciar algunas palabras que intentan sonar tranquilizadoras. La sensación en el pecho de Jakub se convierte en una puntada de angustia que empieza a ser constante y, como un impulso para contrarrestarla, hace algo bastante insólito: en lugar de subir la escalera en dirección al primer piso, donde están las habitaciones de sus padres, su hermano y la suya, da un rodeo detrás del televisor y entra al dormitorio del abuelo, que está a oscuras. Desde la ventana, se sorprende al verlo en la granja: acaricia y da de comer a los animales. Jakub se da cuenta de que con solo levantar un poco la cabeza el abuelo vería la habitación, aunque no está seguro de que pueda percibirlo a él y, para no aumentar las posibilidades, decide dejar la luz apagada. No ha estado muchas veces en ese dormitorio al que acaba de entrar como un ladrón. Ni siquiera tiene en claro qué debería buscar. La escasa luz que llega desde el exterior apenas permite distinguir matices de oscuridad. Lo que primero encuentra es ese olor que hace tiempo no percibe y le recuerda a su infancia, un olor a viejo y, al mismo tiempo, a garantía. Toca el edredón y, luego, desplazándose sobre el colchón de la cama de madera de dos plazas, recorre con la palma de la mano ambas mesitas de luz para tratar de tantear algún indicio de lo que hablaban sus padres. En una de ellas siente al tacto una serie de papeles de distintas formas y cierto filo. En la otra, le parece tocar un cuaderno muy usado que, sin que él lo sepa, guarda las pruebas de un viaje relámpago y clandestino del abuelo a la ciudad de Brno. Para llegar a ver la granja, Jakub tiene que asomarse a la ventana y, cuando vuelve a hacerlo, se da cuenta de que su abuelo ya no está ahí y, a juzgar por

la calma de los animales, ha terminado de alimentarlos. En ese momento, le viene otro impulso. Mucho más físico e inmediato. Se da vuelta de forma intempestiva para mirar la puerta de la habitación. Al hacerlo, una sensación de pánico lo invade, pero se calma al comprobar que sigue cerrada, tal como él la había dejado. Evalúa hasta qué punto sería una buena idea sacar esa pila de papeles para revisarlos con más tranquilidad, aun a riesgo de que su abuelo lo note. Su pensamiento se desdobla. Le empieza a doler otra vez la cabeza. Al volverse hacia la puerta, experimenta algo parecido al miedo. Sabe que su acción es poco noble. Lo asalta una idea clara y precisa: lo ardua que debe ser la vida para su abuelo. Le remuerde la conciencia estar haciendo algo que a nadie le gustaría que le hicieran.

Suspira para intentar calmarse y tomar la mejor decisión. Una notificación del celular le anuncia un mensaje de Lenka. La rapidez con que lo abre parece indicar que la extraña. Si después de lo que le había hecho pasar su familia todavía quiere verlo, se trata, evidentemente, de la persona ideal para él. Jakub lee las primeras dos palabras del mensaje que conforman su nombre, Jakub, y el adverbio "desgraciadamente". No puede seguir leyendo porque, de repente, se abre la puerta y aparece el abuelo con un cuchillo en la mano, los ojos inyectados en sangre y la cara desencajada. La presencia de Jakub en su dormitorio no modifica en lo más mínimo esa expresión y, mientras raspa la mampostería de la pared, arrancando algunos trozos de material, le grita a Jakub que esos hijos de remil puta están talando los bosques de medio país y nadie hace nada. Sin descuidar la trayectoria del brillo del cuchillo, Jakub une cabos sueltos. Más allá de ese problema de salud que

mencionaban sus padres, y que podría ser tanto fisiológico como mental, recién ahora empieza a ser consciente de la profunda preocupación que el nuevo brote del escarabajo de la corteza le genera a su abuelo. Claro que no se trata solo de la naturaleza, sino también de la economía y del precio de la madera. En este preciso momento, tal como le había ocurrido el día que decidió ponerse a estudiar español, toma cartas en el asunto. Hora de entrar en escena y dejar de perder el tiempo en roles pasivos. Jakub se sienta en medio de la cama de madera de dos plazas. Como si se tratara de un arma, saca el celular del bolsillo y se abstrae en la pantalla sin advertir lo que su abuelo hace o deja de hacer. Al poner el código de desbloqueo, reaparece el mensaje en el que Lenka le dice que, si bien han pasado buenos momentos juntos, no tienen muchas cosas en común y le parece mejor cortar de raíz el vínculo. Ahora que recién empiezan. Luego va a doler más. El texto continúa pero Jakub entiende que no tiene sentido seguir leyendo. Reconoce que la relación estaba condenada al fracaso. Lo borra y, a toda velocidad y en silencio, como suelen hacerse las cosas decisivas, se pone a investigar al enemigo. Para cumplir con ese propósito y, al mismo tiempo, no dejar de avanzar en el estudio del tercer idioma, accede a una página en español y se pone a escribir todas las palabras que no conoce del artículo. Mientras tanto, el abuelo sigue descargando su furia. Las palabras que no entiende son tantas que Jakub las anota y busca su significado.

VOCABULARIO EN ESPAÑOL SOBRE EL ESCARABAJO DE LA CORTEZA

corteza

sequía
aserrín
madera
ramas
resina
huevecillos
riegue
triture
solarice

TRADUCCIÓN AUTOMÁTICA DEL ESPAÑOL AL CHECO

Los escarabajos de corteza están plagas en muchos árboles comunistas. Los árboles más petulantes son los pinos y otras coníferas. Los más sensibles a su maldad son los árboles angustiados con sequías, síndromes, heridas. Los aerosoles no pueden liberarlos. La mejor conducta es remover de inmediato los árboles petulantes y mirar bien los solidarios. Los adultos son insectos pequeños, oscuros y cilíndricos. Como un grano de arroz. Pueden saltar de árbol en árbol. Las larvas son diminutas y se alimentan de ramas y troncos debajo de la corteza. Los troncos y ramas infestados tienen muchos orificios en miniatura bosquejados por los escarabajos. De estos orificios puede nacer aserrín. Si él remueve la corteza de los árboles infestados, es posible que vea pinacotecas fundadas por adultos larvas. El escarabajo de la corteza ofende al árbol al interrumpir su narración.

Los adultos larvas se alimentan de la madera subcortical, que le cocina la comida a todo el árbol. Los minuteros de los árboles infestados se tornan amarillos y caen. Los árboles infestados padecen la pérdida de las funciones del hipocampo, dentro de la corteza, y pueden morir una sola vez, provocando una caída de ramas capaz de hacer florecer incendios.

Mantenga los árboles en buen estado físico

Los árboles fornidos se defienden secretando resina en los orificios antes de que los adultos puedan poner sus huevecillos. La sequía, las enfermedades y la decrepitud reducen el impulso de los árboles para defenderse de la invasión de los insectos.

Si es posible, riegue acertadamente los árboles marchitos, gracias a la sequía.

Reduzca la densidad de árboles para mantener un cementerio vital. Los bosques espesos enamoran a los escarabajos.

Evite compactar la tierra o dañar las raíces de los árboles cuando destruya los bosques con construcciones.

Arranque los árboles muy infestados

Revise su árbol con frecuencia en busca de la información genética de los escarabajos, incluyendo pequeños orificios que exudan aserrín y una oportuna resignación del árbol.

Corte, otra vez, cualquier árbol infestado y triture o solarice el occiso infestado ahora mismo para convencer a los escarabajos de seguir infestando otros árboles saludables.

Solarice la leña infestada cubriendo esotéricamente las baterías más pequeñas con plástico obeso y transparente (10 mm).

Deje las baterías al sol durante varios meses. Proteja a sus árboles solidarios tocándolos bien. Garantícese otra vez de cortar ahora mismo cualquier árbol infestado.

XIV

—Un día traés una novia, después te hacés un tatuaje raro, mañana con qué vas a venir —le dice Jan al verme en su brazo.

—Al menos no vendo drogas —se defiende Jakub con un tono calmo que no parece corresponderse con esa frase tan ofensiva.

—¡Jakub! —lo reta Tereza—. ¿Pero por qué un alerce?

—¿Por qué no? Es un árbol que me gusta, me hace acordar a la Navidad y me trae buenos recuerdos.

—¿Pero tiene algún significado? —insiste Tereza.

Jakub finge demencia. El abuelo toma un vaso de whisky. Es el único que no dice nada. Solo mira cada tanto el cambio de expresión en el rostro de su nieto cuando le hablan de lo que se ha hecho.

—Pero está bien la pregunta de mamá —interviene ahora Marek—, yo no me imagino cómo alguien de repente se levanta queriendo tatuarse un árbol.

Jakub sigue sin responder. Todo lo que ha hecho durante el día le ha dado hambre y debe reconocer que el guiso de arroz de su madre está muy rico.

—Está rica la comida, ¿no? —pregunta Tereza con la voz de quien pide un deseo.

—Repetir ahora no —le dice Marek a su padre y, con un rápido movimiento, le quita el cucharón con el que el abuelo empezaba a llenar otra vez su plato.

—¿Perdón?

—Suficiente con que estás tomando un whisky y comiendo esto que, en tu estado, no es lo más aconsejable. A esta altura debería ser solo pescado y frutos secos. Por eso, bastante que comiste un plato entero de carbohidratos, pero dos no, esta vez sí que no.

Aunque el mensaje de Marek es bastante claro, algo en la manera de decirlo resulta sobreactuado, payasesco.

—Pero no seas payaso, ¿querés? —le contesta el abuelo recuperando sin mucho esfuerzo el cucharón.

—Está bien, está bien —cede Marek—, pero bajo tu propio riesgo, yo no quiero hacerme responsable.

—¿Podés terminarla con eso? Ya te dije que estoy bien.

—Los estudios no dicen lo mismo —insiste Marek con una extraña combinación de temor y osadía.

Demasiado consciente de su brazo, como si fuera más grande o le pesara mucho más que el otro, Jakub mira a su padre con desprecio pero a la vez curiosidad. Intenta establecer algún tipo de conexión entre lo que dejan traslucir sus palabras y lo que había escuchado el día anterior.

—Lo hacemos por su bien, de eso no se olvide —agrega Tereza y el abuelo revolea los ojos.

A Jan le suena el teléfono. Con un gesto mudo da a entender a su familia que tiene una charla de trabajo. Sube a su habitación. Tereza abre grande los ojos y se levanta de la mesa haciéndole un gesto a su marido, que, contrariado, va también detrás de ella. Como si el trayecto que acaba de hacer su hijo hubiera ocasionado un incendio.

El abuelo deja por un instante de comer y extiende su brazo derecho a lo largo del cuerpo de su nieto, adelantándose a cualquier

reacción.

—Estoy tranquilo —dice Jakub como única respuesta.

—A mí me tienen podrido, me están volviendo loco y no tienen idea.

—¿Qué es lo que te encontraron?

—Nada, nada. Vieron sin mi permiso unos análisis que no son nada del otro mundo y quieren hacer un drama porque los valores son un poco menos…

—Entonces no es nada.

—No es nada, yo sé por qué lo hacen.

—¿Qué?

—Es su manera.

—¿De qué?

Del primer piso empiezan a llegar algunos ruidos extraños, ambiguos.

El abuelo sigue comiendo y luego de una carcajada que no parece tener que ver con nada le pregunta por qué se ha hecho ese tatuaje.

—¿No te gusta?

—No sé.

—Pensé que te iba a gustar —dice Jakub, aunque la última palabra no alcanza a escucharse. Queda sepultada por los gritos que ahora sí llegan con claridad desde la habitación de su hermano.

—Si te gusta está bien.

—Quiero hablarte de algo que creo vamos a tener que hacer. Cuanto antes.

—¿Qué?

Jakub mira a los costados, asegurándose de que nadie aparezca de repente. A punto de responder, desiste por miedo a que alguien

pueda escucharlo. Como si lo que estaba por decir incluyera un componente explosivo capaz de hacer detonar la casa en un instante.

El abuelo lo mira con una sonrisa cómplice. Achina los ojos. Le propone ir a la Taberna del Leñador mientras empieza a levantarse de la silla y se convence de que no tiene ningún sentido preocuparlo a Jakub con el principio de alzhéimer que le han diagnosticado.

XV

No sería del todo acertado decir que la Taberna del Leñador es un lugar retro. Más que acometer el inútil gesto de regresar al pasado, lo que hace es declinar con elegancia algunas tentaciones del presente. Es el bar más tradicional de la zona y, en muchísimos aspectos, el único que hay. Un agradable pub de pueblo anexado al edificio de la Oficina Municipal. Al entrar, hay que bajar unas pequeñas escaleras y cruzar la estructura de la que cuelga el escudo municipal, que también nos usa como motivo. Además de los dos árboles, el otro símbolo que aparece en la parte inferior del emblema son dos picos cruzados que remiten a la historia minera de la región.

Mientras Jakub saluda con timidez, el abuelo hace un anuncio solemne: la inaguración de su estadía en la taberna, en la presente temporada de verano, se da mucho más tarde que de costumbre, pero incorpora el invaluable privilegio de contar con la presencia de su querido nieto, y enseguida, con una voz que se sale notablemente del personaje, agrega una corrección —su nieto mayor — que, con el propósito formal de no excluir a nadie, no hace más que confirmar su favoritismo. Luego pronuncia el nombre de su nieto, de su nieto y persona favorita de la familia. Eso le produce a Jakub un terremoto individual porque, al menos por un instante, le parece que su abuelo no dice su nombre, que además es el de los

dos, sino el de su hijo, es decir, el de su padre: Marek. Marek Jansa en lugar de Jakub. Aunque por tratarse de nombres tan distintos no hay ninguna posibilidad de confusión, Jakub elige desconfiar de sí mismo.

Jožka, el dueño del bar, hace que no lo escucha. Usa unos anteojos gastados y viejos que piden a gritos un reemplazo y tiene alopecia frontal. Está acodado en la barra, delante de una estantería que exhibe en el nivel más alto una serie de trofeos amateurs y debajo varias hileras de recipientes de cerveza de distintos tamaños. Son de cristal y están boca abajo. Al lado hay una salamandra antigua y una pila de leña lista para usar. En un apretado cuaderno, amontona números con una tinta azul brillante y demasiado húmeda destinada al enchastre. Luego bebe un largo trago de un vaso oscuro que vuelve a colocar sobre la barra, se sube los anteojos a la altura de la cabeza y se apiada de Jakub por tener de abuelo a ese anciano con demencia senil que cada vez que entra al bar monta ese patético espectáculo.

Jakub titubea. Sonríe. Mira a los dos viejos que guardan cierto parecido físico y escucha a su abuelo decirle que si Jožka lo trata así es porque está perdidamente enamorado de él.

—Pero, por supuesto, viejo senil —le dice el tabernero mientras le da un fuerte abrazo que termina incluyendo al propio Jakub. Y aunque no escatima sonrisas, la realidad es que el muchacho no sabe cómo retribuir o, mejor dicho, reaccionar a semejante muestra de cariño.

—¿Muertes o entradas? —le pregunta Jožka al abuelo mientras se escurre de su propio abrazo.

—La verdad es que hoy estoy preparado para las dos categorías, pero, por supuesto, siempre espero buenas noticias —contesta tentado.

—La población de Zahořany sigue en trescientos sesenta y dos habitantes. Los Pochopil tuvieron la pésima decisión de reproducirse por partida doble con unos horrendos mellizos, como no podía ser de otro modo. Pero, al menos, equilibraron la cuenta Tomek Hlávka y Pavel Buda, que finalmente dejaron de lado las amenazas y se cagaron muriendo como ratas.

El abuelo estalla en una carcajada que contagia al propio Jakub y, ya ubicados en la mesa de siempre del fondo, le explica a su nieto que hace años tienen con Jožka ese código infinitamente más práctico que ponerse a leer el periódico local. Jakub todavía no entiende bien su código, pero le festeja el comentario.

Desde donde está sentado, Jakub puede ver un juego de dardos y una camiseta del Bohemians colgada en la pared. El bar está completamente pintado de verde. En realidad, no es un solo verde, sino distintos matices que, en lugar de buscar variantes del mismo tono, reflejan las diferentes capas de pintura a lo largo de los años que, por algún motivo, conviven en lugar de reemplazarse. Más allá de esa manifestación de la desidia, alguna tribu del lejano Amazonas seguramente dispone de múltiples palabras para describir esas formas dialectales de la esperanza.

Jožka se ha sentado con ellos en la mesa, siempre con su vaso oscuro, que parece una prótesis de su cuerpo, y tras concluir la versión extendida del flash de noticias del pueblo, su sexto sentido de tabernero lo lleva a darse cuenta de que los Jakub necesitan hablar a solas.

—Es una locura —dice el abuelo.

—¿Por qué?

—Porque está prohibido, podemos terminar en la cárcel.

—¿Tanto? —pregunta Jakub con los ojos bien abiertos.

—Está terminantemente prohibido —responde el abuelo con una sonrisa que, como siempre, convierte su afirmación en una duda.

Luego de dar un ligero cabezazo con el que acepta el gesto lejano de Jožka de renovar su cerveza, Jakub se inclina hacia adelante y amaga con cambiar de tema, aunque solo para volver al mismo punto de la discusión, pero desde una perspectiva distinta.

—¿Vas a dejar que lo maten?

—¿En qué cambia?

—¿En serio lo preguntás?

El abuelo observa cómo su nieto se envalentona a medida que va deshaciendo sus reparos y vaciando las cervezas; pero no con esa clara hipocresía con la que Marek, su hijo, finge ocuparse de él. No. Jakub está demostrando un cambio. Acaba de irrumpir un costado inédito de su personalidad. A su modo, está pensando en nosotros. En su abuelo y en mí.

—¿No te molestaría que vendan su madera para construir un yate o un ataúd que nunca más vamos a ver?

El abuelo muestra, por primera vez desde que ha entrado en la taberna, una expresión grave que parece ramificarse y conectar varios puntos de su interior. Oleadas que ponen todo en suspenso. Lo hace dudar la postura de su nieto, la sincera convicción con la que formula sus argumentos. Justo a alguien tan plantado como él.

—Tampoco queda tanto tiempo para pensarlo.

El abuelo siente, ahora mismo, que está por ceder. Pero como la terquedad es uno de los rasgos más fuertes de su carácter, intenta ganar tiempo con el viejo recurso de ir al baño.

—¿Justo ahora? —protesta Jakub revoleando los ojos.

El abuelo se levanta haciendo mucho ruido con la silla. Como si se encontrara en medio de un laberinto y no en una taberna que, se supone, conoce de memoria, emprende una vuelta innecesaria en torno a la mesa para, por fin, encaminarse al baño. Antes da una serie de palmadas en el hombro de su nieto, que percibe en el ambiente un olor resinoso con un toque agrio, similar a la manteca rancia. Si alguien los viera en este momento creería que están festejando por adelantado su graduación.

Para combatir la ansiedad, Jakub aparta un poco la cerveza y agarra el posavasos. Lo lanza hacia arriba y lo atrapa en el aire con un ligero quiebre de muñeca. Luego lo da vuelta, lo estira apenas y lo acaricia como a un perro hasta que, al repetir esa misma secuencia por cuarta vez, el posavasos se desgarra en uno de los bordes. A Jakub lo alarma pensar que tal vez no ha tenido en cuenta lo difícil que puede ser para su abuelo hablar de tirar abajo el árbol de su vida. Matarlo con sus propias manos. Sin embargo, repasa la última parte de la conversación y trata de pensar nuevos argumentos para convencerlo, pero es como si al no estar él para contrarrestarlo no se le ocurriera ninguno. Está por terminar la cerveza que empezó cuando su abuelo fue al baño, y aún lo sigue esperando. Más que preocupación, siente curiosidad. Le parece raro que tarde tanto, así que se acerca y justo al llegar a la puerta del baño, escucha que su abuelo habla solo. Hasta donde recuerda, es la primera vez que está por entrar al baño de la taberna: un espacio

ínfimo que tiene un inodoro de un lado y, del otro, la pileta y dos mingitorios a menos de medio metro de distancia. Al verlo, el abuelo no se sorprende para nada. Termina de guardar el teléfono en el bolsillo del saco y mientras le da la espalda (Jakub solo ve su nuca y una parte mínima de su perfil), le lanza un despreocupado "¿qué tal?".

En lugar de responder, Jakub se acerca al mingitorio disponible, perpendicular a la entrada del baño. Piensa que si alguien abriera de un portazo, golpearía su espalda. Empieza a concentrarse en una pequeña mancha que interrumpe la monotonía de los azulejos blancos, que no lo son tanto porque acumulan difusas pintitas negras. La mancha le llama la atención. Es de color marrón, tiene relieve y una forma más bien alargada. Trata de descubrir qué es: piensa en el resto ínfimo de un chicle que, debido al polvo, ha incorporado esa oscura tonalidad, en la sustancia que, según el texto que intentó leer en español y luego tradujo al checo, arrojan los árboles para defenderse de los escarabajos de la corteza; una palabra extraña que justamente retiene por rara, aunque no termina de recordar si era resina o aserrín. Como no logra su objetivo, modifica la dirección de la mirada. Reemplaza la visión de la persistente mancha por las bolitas blancas de naftalina que piden a gritos un alivio dorado, que se resiste a salir. Jakub empieza a hacer una serie de movimientos circulares y bastante ampulosos con su brazo izquierdo a partir de los cuales llega a tocar la pared. Se pone en puntas de pie. El único objetivo de esa pantomima es activar el mecanismo corporal de descarga. Justo cuando todo parece encaminado, un obstáculo se impone, un obstáculo que comienza en la mente y recorre todo su cuerpo.

Recién cuando el agua brota de la canilla y el abuelo se empieza a lavar las manos, mirándose apenas en el espejo también perpendicular al mingitorio que acaba de usar, Jakub logra su objetivo. Mientras se seca las manos con esas aparatosas máquinas de calor que, durante su funcionamiento, acaparan el sentido del oído, conociéndolo tanto sé que el abuelo acaba de tomar la decisión. Prefiero interpretar que lo que lo convence no es su propio interés, su nieto lo necesita. Jakub es un chico entrañable con una característica muy específica. Ni buena ni mala, la levedad. Es una de esas personas que no gravitan en los lugares donde participan. Como si no ocupara el espacio. No se lo nota. Si se lo dejara varias horas a su suerte en el ambiente de una casa, probablemente no efectuaría ningún cambio significativo. Eso no le impide, sin embargo, llevar una vida normal, relacionarse con la gente ni destacarse incluso en algunos ámbitos como, por ejemplo, el aprendizaje de español, un interés que no sabe de dónde ha sacado, pero por el que muestra una gran disciplina. No puede decirse, entonces, que se trate de un defecto, un síndrome ni nada por el estilo. Pero sí de un aspecto de su personalidad con el que, probablemente, Jakub no se sienta cómodo; el abuelo lo ve con claridad. Tiene la certeza de que la extraña preocupación que Jakub le había confiado en el bosque, aquel día que me mostró, esconde algo más. Y quizás su propia tendencia a pasar desapercibido lo asuste y lo obligue a camuflarla en un absurdo temor al paso del tiempo, un temor casi inconcebible para un joven que tiene toda la vida por delante.

—Lo vamos a hacer, Jakub —dice el abuelo casi en voz baja.

Y sale lentamente del baño, sin dejar de prestar atención a una eventual reacción de su nieto.

XVI

Durante varios días ni Jakub ni su abuelo —ni Jakub ni su nieto— vuelven a hablar del tema. Se percibe entre ellos una corriente subterránea que los conecta, los enciende y los hace cruzar miradas cómplices cada vez que alguien de la familia menciona el bosque o, cuando en las noticias, insisten con la plaga del escarabajo de la corteza, que sigue infestando los medios de comunicación. En consecuencia, empiezan a bloquearse los accesos a algunas zonas boscosas. Y no precisamente con el objetivo de imitar la política alemana, que deja el problema al arbitrio de la propia naturaleza. El gobierno cierra algunos bosques con una excusa perfecta: monitorear la plaga del escolitino. Sin embargo, el abuelo no puede dejar de sospechar que el verdadero motivo es talar los bosques sin que nadie intervenga ni se oponga.

Incluso Marek y Tereza, que no se destacan por su capacidad de observación, comentan entre ellos que a esos dos se los nota un poco raros; aunque, como no tienen más que decir al respecto, suelen desviar el tema de conversación al positivo cambio de aspecto de Jan. Lo ven mucho más aplomado, elegante y pulcro, con su nutrido vestuario de marcas caras. Eso demuestra, en su opinión, que su segundo hijo ha dejado el negocio de las drogas para dedicarse a un rubro mucho más transparente que no tienen necesidad de saber cuál es. Se les ocurre, incluso, pedirle asesoría

financiera a Jan para poder independizarse del abuelo, que, a su modo de ver, ya no está en condiciones de manejar el dinero de la familia, a tal punto que incluso se olvidó de la Cena de Promoción.

—Bueno, no se olvidó, de hecho él cocinó el pescado y preparó parte de la entrada —contradice Tereza a su esposo mientras se pone la máscara facial.

—Se olvidó, Tereza, se olvidó. ¿No te digo que cuando llegó el señor Halášek se sorprendió y ni siquiera entendía de qué le estaba hablando?

—Está bien, está bien, pero el señor Halášek ni siquiera se dio cuenta de eso. Lo terrible es lo que pasó después.

La Cena de Promoción es un concepto marketinero que se le ocurrió al abuelo antes de que existiera el marketing. Una cena anual que la familia Jansa ofrece al ganador de un compulsivo sorteo en el que participan los diez mejores clientes de la granja, de acuerdo a un poco transparente sistema que cruza factores tan intangibles como antigüedad, fidelidad, constancia y, por supuesto, la suma de dinero que han dejado caer a las arcas familiares.

Esta vez el ganador fue el señor Ondřej Halášek, quien, a diferencia de otros beneficiarios, no impuso caprichos ni preferencias absurdas a la hora de confeccionar el menú que, según las bases y condiciones, debe ser acordado entre las dos partes.

Con una oferta de tres pasos que consistía en una ensalada César de entrada, un dorado al vapor con espárragos asados de plato principal y mousse de chocolate de postre, la organización no había supuesto ningún problema. Por eso mismo extrañó a Marek y Tereza que esa particular armonía se terminara rompiendo de un modo tan evitable y, a la vez, anunciado por culpa del abuelo, el máximo

responsable y accionista de la granja, además de autor intelectual de esa campaña de fidelización.

La Cena de Promoción es, junto a Navidad y Año Nuevo, el único evento en el que la familia Jansa utiliza la vajilla de plata, lo cual mereció un elogio del señor Halášek, que, luego de un breve tour por la casa familiar, se extendió también a la decoración del living, a la apariencia física de Tereza, a la vestimenta de Jan y al cuadro con manchas y rayas del primer piso, cuyo original fue pintado por Egon Schiele en 1909.

—Lo tengo hace ya muchos años —comenta el abuelo con una sonrisa contrariada que se va difuminando con el correr de los segundos y los escalones que vuelven a bajar—. Vi el original en una casa de antigüedades de Praga a un precio irrisible, pero no me lo llevé porque tenía otras preocupaciones o tal vez no andaba con dinero ese día. Lo que no recuerdo es si compré esta copia antes o después de ver el original.

—Pero si está en el museo Leopold de Viena y desde siempre formó parte de la colección personal de su fundador, Rudolf, a quien tuve el privilegio de conocer en persona. Seguro se debe estar confundiendo con otra pintura —reacciona el señor Halášek casi tartamudeando, mientras agradece la fuente de ensalada que Tereza acaba de servir. No se siente cómodo poniendo en duda al señor Jakub Jansa, pero tampoco puede resignarse a quedarse callado.

—La del museo será, entonces, una copia —responde el abuelo, al descorchar y servir el vino—. La verdadera, como digo, es la que yo vi en el negocio del chatarrero Eduard Čapek, el dueño de uno de los pocos emprendimientos privados que existían en la época del comunismo. Él la había conseguido de casualidad en algún altillo de

Český Krumlov y, por otro lado, permítame decirle que algunas de las obras que luego formaron parte de la colección del museo, su estimado amigo Leopold no las obtuvo del modo más honesto. Lamentablemente, ningún heroico escuadrón como el de los Peces del Infierno pudo hasta el momento desenmascararlo.

En algún punto, el cerebro de las personas no diferencia entre un personaje de ficción y un prójimo en problemas. Aunque el motivo concreto de la discordia no parece tan grave, el exceso de información que pretende dar el abuelo y cierta violencia en su modo de expresarse amargan el brindis. A Jakub la pelea le hace acordar a una discusión que vio en un reel de Instagram y ocurrió unos diez años atrás en un noticiero de algún país latinoamericano, quizás el mismo en el que había sucedido la tragedia serial del caniche. Una pareja de presentadores está hablando a cámara. Él concluye el comentario de una noticia con la frase "riesgo de vida".

—Riesgo de muerte —corrige ella, como si su colega acabara de hacer algo imperdonable—, "riesgo de vida" está mal dicho, habrás querido decir riesgo de muerte.

Mientras digiere la sorpresa, él intenta defenderse:

—Es lo mismo, los médicos, de hecho, utilizan mucho la expresión "riesgo de vida".

—Tal vez hablan mal los médicos.

—Tal vez hablás mal vos.

La presentadora lo mira y acusa el golpe en silencio. Da la impresión de que está por ocurrir algo perdurable, pero por ahora ella se limita a explicarle, como si él tuviera serios problemas de comprensión, que no puede haber riesgo de vida sino de muerte, porque el problema o amenaza de los seres humanos es morir y no

justamente la vida, que es sagrada. Antes de que termine de hablar, él ya está respondiendo, aunque se nota que quiere terminar de una vez por todas con ese asunto. No obstante, la disputa parece seguir eternamente y en el aire no solo se siente la tensión sino que también se adivina el malestar y, a la vez, el goce de cada uno de los espectadores, camarógrafos, productores, sonidistas y utileros, que quizás por única vez prestan atención a lo que esos dos están diciendo.

El abuelo sigue humillando al señor Halášek en el contexto de una discusión sin pies ni cabeza, defendiendo a ultranza y con múltiples contradicciones su postura de que el cuadro original que había visto en ese negocio de antigüedades era el mismo en el que se basa su reproducción de *Árbol a finales de otoño*, título que repite con ligeras variantes y un nerviosismo in crescendo. En ese momento, descubre Jakub con horror que, a pesar de haber visto esa pintura millones de veces en su propia casa, jamás se le había ocurrido pensar que mostrara un árbol en otoño, un árbol sobre un fondo pálido, neblinoso, con ramas desnudas y torcidas como un racimo de rayos o las varillas de un paraguas roto. Ni siquiera había visto en esa pintura un árbol. Y ahora que lo piensa, incluso sin poder fijarse en el cuadro que está en el primer piso, se da cuenta de que una de las razones por las que tal vez no vio el árbol es que, en la parte de abajo, el tronco hace una curva demasiado brusca que lo vuelve menos árbol y más un animal con cuernos y cabeza pequeña, como si se hubiera asustado de algo o quisiera expresar un signo de pregunta. Y en el intento de recuperar, de repente, todo el tiempo perdido sin entender el cuadro, percibiendo ahí simplemente una serie de manchas y rayas inconexas, ahora Jakub lo sigue analizando

sin ni siquiera verlo, como si estuviera grabado en su cabeza y solo hubiera hecho falta decodificarlo. Se pregunta si no hay también una trampa en el hecho de que el sector oscuro en el que se hunden las raíces del árbol sugiera una elevación: quizás la parte clara que parece estar arriba en realidad esté abajo, en tanto abismo. La consecuencia de esa idea es que el árbol pasaría a estar en lo más alto del paisaje, como si —esto no lo digo yo, sino que lo piensa Jakub— se tratara de una divinidad.

Advierte Jakub cómo empiezan a desprenderse de esa inocente distracción múltiples consecuencias que, por el momento, ni siquiera puede imaginar, pero sabe que constituyen una amenaza. Lo siente incluso ahora, cuando el abuelo parece haber acatado el mensaje conciliador de su nieto e intenta llevar la conversación hacia carriles más amables, como las propiedades rejuvenecedoras de los espárragos y esos eternos proyectos de ampliación de la granja que nunca terminan de realizarse. No obstante, cuando algo está torcido, es muy difícil encontrar la forma de enderezarlo. Y mientras Jakub sigue recorriendo en su recuerdo ese cuadro que, a la distancia, está mirando por primera vez luego de haberlo visto tantas veces sin prestarle atención, oye que el distinguido cliente dice algo que hace que a su abuelo se le transforme la cara. Recién ahí se da cuenta Jakub de que el señor Halášek habla como un ciudadano orgulloso de la capacidad bélica de su país, aunque no en el contexto de una guerra de gente, sino en el marco del combate que se está librando contra la peor plaga del escolitino de la historia. Casi en el mismo momento en que Jakub llega a la conclusión de que el mensaje que evoca esa pintura es de fragilidad y, a la vez, de poder, como si Egon Schiele hubiera querido mostrar nuestra capacidad de resistir esa

difícil transición que siempre supone la llegada del invierno, escucha al señor Halášek anunciar, con un tono obsecuente y fascinado, que su propia empresa se va a encargar de financiar el alquiler de todas las máquinas necesarias para talar, entre el lunes y el jueves de la semana que viene, el bosque entero de Zahořany con tal de vencer al enemigo.

Jakub corrobora el mensaje que acaba de dar el cliente. No porque confíe en su propio sentido del oído, sino por la expresión ya desencajada del abuelo, que parece dispuesto a todo. En este instante de tanta tensión, en que el aire se corta con un cuchillo y cualquier cosa puede suceder, Jakub trata de calmarse intentando traducir al español lo que acaba de escuchar. Se acuerda de que un buen indicio de haber aprendido un idioma es empezar a pensar en él. Sin embargo, como ahora no puede pensar en nada y tampoco tiene el nivel suficiente para hacer una interpretación consecutiva, se le ocurre usar una nueva aplicación poco chequeada para volcar al español lo que recuerda de las palabras del señor Halášek. Esa frase incendiaria que sigue resonando en la casa invade el comedor, la cocina, sube las escaleras, llega al pasillo, contempla el cuadro de Schiele y hasta entra a las habitaciones del primer piso. La traducción al español a la que accede Jakub sugiere que el señor Halášek va a fundar el artificio irremediable con que le llegará a los talones al bosque, entre Júpiter y la luna llena que viene, con el fin de boicotear al antagonista.

XVII

Jakub tarda en darse cuenta de que no hay nadie. Parece que está solo. Mira el excuadro con las manchas y rayas y tiene la sensación de que se está olvidando algo. Mira el cuadro fijamente pero sin prestarle atención y piensa que no recordar significa percibir las cosas sin su forma, perderse en el caos de lo que no tiene contorno. Posa sus ojos en un punto difuso de la superficie de la pintura mientras busca algo en su interior que se resiste a aparecer. Si alguien lo obligara en este mismo momento a darse vuelta en dirección a la escalera y le pidiera precisiones sobre esa imagen, Jakub no sabría qué contestar. A lo lejos escucha una música religiosa o, al menos, espiritual. No hay nadie en casa y los vecinos no viven tan cerca. No reconoce ninguna palabra de esa canción apenas perceptible, pero sí un tono, un principio de melodía que, a pesar de ser tan tenue, se le va pegoteando como un chicle en la suela de los zapatos. La canción expresa un lamento libre pero arraigado en lo ancestral que encuentra la forma de salir adelante, una épica de la desesperación. Si alguien le pidiera un título, diría que es el himno del árbol de la vida.

Jakub no se siente perdido, pero tiene la sensación de haber entrado en una especie de grieta espacio-temporal. Vuelve a repetirse que no recordar no es dejar de percibir, sino extraviarse en el caos de lo que no tiene límites ni contorno. En el ámbito del

tiempo, significaría mezclar presente, pasado y futuro, y esa es la sensación que tiene en este momento: la de estar viviendo tres tiempos a la vez. Necesita aferrarse a esa idea para atravesar este instante y, en ese aspecto, es una herramienta. Un refugio. Aunque no tiene sentido plantearlo en esos términos, en este punto llega a escuchar esta voz, alcanza a escucharme. Ahora mismo me percibe mucho mejor de lo que lo hará más tarde cuando, al tocarme y verme como un familiar muy grave, yo le haga una última advertencia sabiendo que él no la va a escuchar. Tampoco cambiaría nada. Enroscarse como una serpiente en un rincón seguro, al amparo de lo inmutable. Escucha un ruido en las escaleras y, de repente, presta atención al color marrón del cuadro de Egon Schiele, y se da cuenta de que está viendo una grieta, como la que le parece haber visto en alguna pared de su casa. Se acerca su padre. Ve a su padre. Su padre le pregunta qué está haciendo.

—¿Qué estás haciendo, Jakub? —le pregunta su padre. Tiene la voz parecida a la de su abuelo.

—No estoy haciendo nada.

—¿Cómo que no? Siempre estás haciendo algo, Jakub.

—¿Y qué estoy haciendo? —le devuelve la pregunta Jakub a su padre o a su abuelo.

—Algo debés estar haciendo, Jakub, ¿qué estás haciendo tan tarde?, ¿te imaginás lo que estás por hacer? Si hoy te dijera lo que vas a hacer mañana, ¿serías capaz de recordarlo cuando lo hagas?

Empieza a responder otra frase desganada y se acuerda de lo que se estaba olvidando: realizar su lección diaria de Duolingo. Aún debe quedar tiempo para hacerla antes de que se cumplan veinticuatro horas y pierda su notable racha de varios días consecutivos

practicando español. Pregunta la hora como si pidiera un vaso de agua, pero su padre o su abuelo le ofrece una respuesta en la que no hay ni sombra de un número. Vuelve a preguntar la hora y el padre o el abuelo hace un gran esfuerzo por descifrar sus palabras, pero responde algo que nada tiene que ver.

—¿Qué hora es? —grita Jakub desesperado ante la incomprensión absoluta de su familiar que se limita a poner cara de confundido, levanta los brazos, mira a la nada. Jakub empieza a caminar en círculos como una fiera atrapada, buscando oxígeno en cualquier indicio del afuera: puertas, ventanas, altillos, claraboyas, grietas. No las ve donde se supone que deberían estar. Toda apertura ha sido tapiada. Mejor que seguir tratando de averiguar la hora sería ponerse a hacer la lección para no perder su sacrificada racha de cuarenta y cinco días. Jakub siente algo parecido a lo que le sucede cuando, en plena época de clases, se despierta y sin saber aún la hora presiente que va a llegar tarde: solo por la percepción del tiempo que lleva durmiendo, por la luz del cielo, por cómo el ritmo del afuera va impregnando su habitación. Resignado a no hacerse comprender busca el teléfono. No lo encuentra. De repente se da cuenta de que lo tiene en la mano y recuerda con vergüenza la vez que, en la entrada de un museo en Berlín, buscaba desesperado sus flamantes anteojos de sol y al consultarle a un completo desconocido si por casualidad los había visto, solo por el hecho de haber pasado los últimos minutos ahí cerca de él, esa persona se lo quedó mirando como a una figura mitológica y, luego de un silencio tenso, le preguntó si no estaba buscando los anteojos que llevaba puestos. Jakub mira la hora: 11:57. Le quedan apenas tres minutos para una lección corta. Cree que le alcanza, pero con lo justo. No

puede permitirse tener errores, no puede equivocarse, no puede releer las consignas, no puede aprender. Solo seguir adelante: avanzar, contestar enseguida, como sea, casi sin pensar. Como lo haría un hablante nativo. Visualiza la llama de la racha de Duolingo y siente pánico de que el fuego se extinga para siempre. La única esperanza es empezar ahora mismo. No puede distraerse con nada. Aparece el primer ejercicio, una expresión que le resulta familiar, pero en la que no puede detenerse: "Me gusta este árbol". La frase está en español y debe traducirla al inglés porque no hay Duolingo bilateral checo-español. Lo resuelve fácilmente. Su padre se acerca. Le sonríe como si fuera lo más importante de su vida. El amor como condición de posibilidad. Le hace una pregunta. Él no gasta energía ni siquiera para escucharlo. Solo detecta que su padre le dice algo, no tiene ni idea de qué. Sigue resolviendo ejercicios de Duolingo. Uno tras otro, a toda velocidad. Son las 11:58 y ya ha superado más de la mitad de la lección. Si todo sigue así no perderá su racha y evitará las nefastas consecuencias del fracaso que eso significaría. La racha empieza a ser un verdadero sostén. Su padre cambia la sonrisa por una mirada triste a punto de convertirse en un valle de lágrimas. Aunque pretende no hacerlo, ahora Jakub no puede dejar de escuchar a su padre que ha decidido invadir su espacio: está muy, muy cerca, le tira de la ropa, nota su aliento a salsa de cebollas, le demanda atención, le dice que no puede olvidarse de que él es su padre. Jakub siente que la paciencia llega al límite. Deja el celular y le grita, le grita sin parar hasta quedarse sin voz y aun así le sigue gritando, aunque sin emitir sonido y en forma retrospectiva se da cuenta de que cuanto más eleva el volumen de esos gritos menos logra decir lo que quiere. Mira el reloj que antes

se había olvidado de consultar o tal vez simplemente no estaba en su sitio: 12:02. Insulta al aire, comprende, se calma.

XVIII

Caminan con el cuerpo inclinado hacia adelante. Por el peso y la ansiedad. Tratan de encontrar luz donde sea. Las linternas no logran combatir el reino de sombras que produce el abrazo de los árboles. Faltan detalles para la madrugada y no hay tiempo que perder. Por iniciativa de Jakub y decisión de su abuelo, están resueltos a cortarme por sus propios medios para darme el final digno que merezco, antes de que, con la excusa de combatir al escarabajo de la corteza, los mercenarios de la deforestación indiscriminada terminen utilizando mi madera para vender yates, portones, muebles de jardín. Ataúdes. El aire está pegajoso. Como si faltara el oxígeno y caminar requiriera el doble de esfuerzo. A pesar de que los dos intentan distender el clima con algunos chistes sobre el señor Halášek, se los ve avanzar bastante serios, con la solemnidad que requiere semejante acción.

A Jakub se le ocurre que lo que están por hacer se parece bastante a sacrificar a una mascota. Y le resulta muy fuerte la idea de que solo ellos dos comparten el secreto de su abuelo. Sin contar a la abuela.

—¿Cómo es vivir sin ella?

El abuelo deja de caminar. La pregunta pareciera exigir una cantidad de energía que le impide hacer cualquier otra actividad. Se da vuelta. Mira a su nieto a los ojos y le dice: “Llegamos”.

Jakub se saca todo el peso del bolso y lo apoya en el suelo, justo antes de caer él mismo. El abuelo se me queda mirando. A mí, su árbol. El árbol de su vida. De arriba a abajo. De abajo a arriba. Pasea sus ojos por mi corteza. Me acaricia. No me ve distinto y me observa bien. No es tan osado como para decir, sin ser un especialista, que estoy intacto, pero me conoce lo suficiente para darse cuenta de que no estoy enfermo y no hay parásito bajo mi corteza.

—No es vivir sin ella.

—Claro.

—Pero en serio.

—Creo que entiendo —responde Jakub. Se sienta a mi lado, cava hoyos en el suelo y remueve puñados de tierra fresca que caen lentamente de sus dedos como en un reloj de arena. La luz se encuentra con la oscuridad. Ahora lo conozco del todo y veo que comienza a desenterrar un recuerdo feliz de la infancia en el que jugaba a buscar tesoros bajo la sombra de un limonero. Tiene la sensación de que están visitando por última vez a un familiar muy grave. Ahora puedo ver hasta sus sueños.

Le hago una última advertencia sabiendo que él no me va a escuchar. Tampoco cambiaría nada. Recién ahora algunos de ellos están empezando a entender que somos capaces de comunicarnos. Entre nosotros y con las personas. Pero ni se imaginan esto, no se imaginan todo lo demás. Creo que no hay forma de hacerles entender que es acá donde empieza esta historia, no antes. Porque es este momento lo que me permite saber todo de él, imaginar con absoluta precisión su pasado, recordar lo que aún no le sucedió. El amor como condición de posibilidad. La memoria de la madera.

—Cuando dos personas alcanzan un grado de intimidad como el nuestro, la muerte genera angustia, pero no llega a borrarla del todo. El nombre, por ejemplo. Cada vez que se da el milagro de que aparezca su nombre me siento bien. Y eso es el amor. Es verdad que era un nombre bastante raro. El otro día, sin ir más lejos, lo encontré en un poema que no sé bien de dónde era porque lo descubrí de casualidad. Me pareció hermoso. El poema se llamaba como un país de África y, aunque cada vez recuerdo menos cosas, aprendí una parte de memoria: "Ambos creíamos firmemente en los baobabs y las caricias / Y no teníamos nada que ver con esa guerra / Pero al llegar a Nueva York / Virginia se compró un sombrero / Yo, una motocicleta / Y el muchacho de quien hablábamos, no sé / Olvidó el lenguaje de las flores". El hecho de que ese poema me trajera su nombre me dio mucha alegría.

—El amor como condición de posibilidad.

—Recordarla no me la trae de nuevo, vos lo sabés, pero me transforma el día. Como me pasó al leer ese poema. Y es algo curioso: si bien me sigue doliendo su ausencia, recordarla nunca me hace mal, todo lo contrario.

—¿Por qué será que en tantos libros y películas sobre árboles hay también siempre abuelos y nietos? —pregunta Jakub con un nudo en la garganta.

Al principio el abuelo está por decir que no entiende la pregunta. Luego se pone a pensar un poco y enseguida se sorprende con la observación.

—Será porque la vida de un árbol condensa la existencia de toda una familia, o incluso de la humanidad. No sé, es una buena pregunta, ¿vos qué pensás?

A pesar de que a Jakub le gusta el elogio, no quiere darle a entender a su abuelo que está ahí en busca de reconocimiento. Le presta una atención absoluta cuando repite las condiciones que deben seguir para talarme. Habla de dos cortes y de un ángulo preciso. Muestra la inclinación correcta que debe tener la máquina diseñada para sacrificarme a la hora de entrar en acción. Insiste en la necesidad de ser eficientes para no prolongar tanto el ruido y disminuir así las probabilidades de que nos descubran.

Jakub percibe un cambio importante en la voz del abuelo. Nota que se le transparentan los nervios. Se dice a sí mismo que nada puede salir mal: en el peor de los casos, si alguien llegara a verlos, debería haber varias opciones a las que recurrir antes de terminar en la cárcel. Él imagina, por ejemplo, que bastaría con que el abuelo revelara el secreto y les contara a los policías o a las autoridades municipales la importancia que tengo en su vida y la necesidad que sentían de tomar cartas en el asunto para evitar que, al igual que los demás árboles, muriera a manos ajenas, a causa de una intervención tan oficial como insensata.

El ruido de la máquina diseñada para sacrificarme lo expulsa de su propio pensamiento. Comienza a perderse en la imagen vibrante de esa barra alargada de acero que aparece y desaparece como un instrumento de hipnosis detrás de la sombra del sonido. Jakub se da cuenta recién en ese momento de que no sabe lo que tiene que hacer. No es la primera vez. Se ve a sí mismo como una víctima de la sucesión incontrolable de días, horas y segundos. Ya no está pensando en mí. Ni siquiera en su abuelo, que, un poco encorvado y con la expresión de quien procede a alcanzar un nuevo récord en levantamiento de pesas, se ajusta el casco y el protector de ojos.

Clava el arma en mi corazón y, recién al hacerlo, parece tomar conciencia. Veo cómo mi creador y mi creación cierra los ojos. Como si le estuviera viniendo mucho humo a la cara.

El momento no solo ha llegado. También empieza a terminarse. En el aire, sobrevuelan miles de astillas mías que Jakub asocia con gotas cada vez más espesas y rojas de sangre. El espíritu de la noche apronta su retirada. En esa transición, el bosque parece más inmenso y recóndito que nunca. Como si, en algún punto, fuera capaz de alojar los grandes misterios de la humanidad. A medida que se le caen las lágrimas, el abuelo imprime cada vez más potencia al corte. Lo veo convertirse en un náufrago que nada contra la corriente de su propio movimiento.

Como si obedeciera a un impulso, Jakub se pone de pie, ubicándose al lado de su abuelo justo cuando comienza a hacer el segundo corte. Acerca la palma de la mano a la altura de la cabeza para que pueda verlo en medio de esa ceguera absoluta que provocan el ruido, el casco y la concentración. El abuelo ve la mano de Jakub. No deja de cortarme, pero desacelera un poco la intensidad. Gira la cabeza y sus miradas se encuentran. Jakub hace un gesto que nunca en su vida había hecho. Un movimiento abrupto de la mano dirigiéndose a su propio pecho, que golpea en dos o tres oportunidades para luego apretarlo. El abuelo se queda paralizado. Casi tan quieto como yo. Jakub tiene la certeza de que, en este preciso momento, está por tomar las riendas de su vida. No quiere seguir siendo un mero espectador. Repite el gesto. El abuelo se lo queda mirando, por momentos él también puede leer más allá de los límites de las apariencias. Le pasa el casco y el protector de ojos. Le ofrece la máquina desde el mango delantero. Aún encendida. Jakub

estrena la emoción de sentirse vivo y solo para encontrar más coraje cree que me lo debe a mí, a ese alerce que no solo cambió para siempre la historia de su abuelo sino que además le da a él la confianza que tanto necesita.

El abuelo le señala el segundo corte. Jakub no es capaz de verlo. Cree que va a recordar para siempre este instante que percibe como el comienzo de su propia vida. Igual que el abuelo al plantarme. Los dos extremos. Suspira. Respira. Levanta apenas el cuello. Intenta vivir el presente. Los temores lo rodean, están al acecho. No saber aplicar, por ejemplo, el ángulo indicado de esa máquina diseñada para sacrificarme que, antes del primer corte, le mostró su abuelo. Pero ahora, por primera vez, es distinto. Siente una seguridad inédita que lo hace estar al tanto de todo, sin que las cosas se apoderen de él. Lo mira un instante al abuelo y me aplica un corte brutal y acelerado. Como un volcán que, luego de varios siglos de falsa calma, decide entrar en erupción. El abuelo ya no puede detenerlo: no hay sonido ni mirada capaz de interrumpir las cosas que suceden por primera y última vez. Un ruido de madera noble se contrapone por un instante al monólogo de la máquina y, antes de caer definitivamente a la tierra, golpeo la cabeza del abuelo, mi creador y mi creación, que queda tendido, muerto, señalando con su dedo índice un vacío. Lo que ya no existe. La flamante ausencia del árbol de su vida.

Se va a hacer de día. Jakub va a estar completamente solo. Al principio, no va a llegar nadie. Lo va a quemar su propio fuego. Los rayos de sol que se filtren por la persiana natural de los árboles lo van a obligar a entrecerrar los ojos. En su interior, un inmenso pozo en el que comenzará a autodestruirse.

Al llegar y ver la escena, su padre se va a quedar petrificado. Como siempre. Pero entre llantos en carne viva aflorará algo nuevo en él. Abrazará a su hijo con todo su ser. El amor como condición de posibilidad. Hará un esfuerzo inhumano por levantarlo y llevarlo a casa. Al principio no va a poder, pero Jakub aceptará ese abrazo con la voracidad de un perro hambriento. Un buen refugio en los momentos de mayor desesperación es entregarse dócilmente a la maquinaria de la rutina, enroscarse como una serpiente en un rincón seguro, al amparo de lo inmutable. Cuando el shock es tan grande que nada parece quedar en pie, un buen remedio es convertirse en una hoja extrañada a merced de todo aquello que se conoce y resulta familiar.

Marek, su padre, lo ayudará a levantarse y, de a poco, a caminar.

Daily refresh

—Aún no puedo creer que me hayas convencido de venir desde Brno hasta acá con este día.

—Yo no puedo creer que ya estemos por empezar el mes de agosto y, por lo tanto, haya pasado más de un año desde que vinimos a este mismo lugar con los Jansa.

—Apagá la música, por favor. Es la cuarta vez que te lo pido.

—No quiero que nos quedemos dormidos justo antes de que amanezca, delante del menhir. Además es tu canción favorita de The Kinks.

—Sí, pero en el medio pasó algo. Está quemada: no me trae muy buenos recuerdos.

—No te quejes, a los Jansa seguro que menos.

—No entiendo para qué carajo volvimos al Pastor Desgraciado.

—Petrificado. No seas irrespetuoso. Este señor menhir, el único del país que cuenta con el aval de los historiadores, se llama el Pastor Petrificado.

—Como sea. Y encima tan temprano, ¿en serio pensabas que iba a venir alguno de ellos?

—¿Por qué no? El único que palmó fue el abuelo.

—Y el nieto está internado.

—Pero podría haber venido su hermano.

—Quién carajo me manda a hacerte caso.

—Mirá, con estas cosas de los celtas no se jode. Y si prometimos venir, teníamos que cumplir.

—Yo no recuerdo haber prometido nada, el día de la excursión vos tiraste la propuesta de volver al menhir para ver qué había cambiado en nuestras vidas y, que yo sepa, nadie te respondió.

—Lo hacemos por las dudas, no nos cuesta nada. Quizás hasta tengamos de premio una pequeña ayudita celta para llegar al millón de reproducciones en Spotify. Y, de paso, evitamos cualquier maldición. No te extrañe que a Virginia o a su bebé les pase algo.

—¿Qué?

—Lo siento, fue un impulso. Perdón por nombrarla.

—Está bien, no me hace nada.

—No necesitás decirme eso. Te creo que ya no busques estar con ella, pero yo sé cómo la querés. Y no vas a negarme que no te causa ninguna gracia que el hijo sea del viejo.

—Solo sé que estuvieron juntos, pero no estoy tan seguro de que sea de él. Además, ¿en qué cambia? Ya está saliendo el sol y ni siquiera entiendo a dónde había que mirar.

—A la colina Řík, pero eso sí que ya no importa.

—¿Qué?

—¿Fue a propósito?

—No entiendo.

—El chico, ¿tuvo intención de matar al viejo?

—No se sabe. La policía está investigando. Por lo que vi en las redes sociales hay algunos elementos a su favor, como que al abuelo le habían diagnosticado alzhéimer y, por lo tanto, no tenía mucho control de sí mismo, pero también otros en contra.

—Yo escuché que cuando el padre fue a buscarlo al bosque borró algunas evidencias, aunque algunos dicen también que su abuelo era, en realidad, su padre y su padre...

—Hermosa resultó la energía de este lugar.

—Todavía tengo grabado el momento en que, con las manos detrás de la cintura, el viejo daba unos pasitos hacia atrás, adelante o los costados y repetía todo el tiempo las leyendas del Pastor Petrificado, ¿te acordás? Mientras el chico lo secundaba como un perrito faldero completando todo lo que dejaba inconcluso.

—¿Pasará mucho tiempo en el loquero?

—Parece que el mismo día que lo internaron empezó a decir que era capaz de escuchar la voz de los árboles.

—Andá a saber si es cierto. Lo que sí sé es que se filtraron declaraciones de una enfermera del manicomio de Bohnice diciendo que el chico está totalmente ido.

—¿Y qué querés?

—Cada día pide hacer un test de nivel para empezar a estudiar español y todo el tiempo repite, en ese idioma, una frase rarísima que a mí me dio escalofríos.

—¿Cuál?

—Me gusta este árbol.



«Hasta mi propia ausencia sobreviviráen los pliegues que va formando la memoria del futuro».

Jakub es un adolescente que está tratando de encontrar su camino. A su edad debería tener claro qué hacer con su vida, pero se siente perdido. Su abuelo, con quien comparte el nombre, es el jefe de la familia, una figura entre sabia y excéntrica que se ha convertido en su modelo a seguir. Un día le revela un secreto: un árbol que plantó en el bosque del pueblo, símbolo de un pasado feliz. Nadie más conoce la existencia de ese alerce y de pronto surge una amenaza: una plaga de insectos que enferma a los árboles obliga a las autoridades a talarlos.

Con una potencia narrativa que viene consolidando desde sus novelas anteriores, Juan Pablo Bertazza nos lleva en *Memoria de la madera* por un viaje de introspección profunda, pero sin perder nunca el sentido del humor, para reflexionar sobre los lazos familiares, el destino y, sobre todo, el tiempo. Esa fuerza enigmática, ineludible, que nos envuelve, nos sobrepasa y nos transforma.



JUAN PABLO BERTAZZA

Nació en Buenos Aires en 1983. Es escritor, traductor, poeta y periodista. Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires y doctor en Literaturas Romances por la Universidad Palacký de Olomouc, en la actualidad trabaja en Radio Praga Internacional. Es autor, entre otros, de los libros de poesía *Calle Lavalle*, *Japón*, la trilogía formada por *La revolución tranquila*, *La revolución de terciopelo* y *La revolución de los claveles*; del ensayo *Himnos al sol en la oscuridad*. *Un viaje al Gales de Dylan Thomas*, y de las novelas *Síndrome Praga* (traducida al checo) y *Alto en el cielo* (traducida al checo y al griego). En 2013 fue invitado al Festival Internacional de Poesía de Trois-Rivières (Canadá) y en 2017 ganó la residencia Praga Ciudad de la Literatura de Unesco.

Foto del autor: © Hana Řeháková

Bertazza, Juan Pablo
Memoria de la madera / Juan Pablo Bertazza. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-301-244-2

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Imagen de tapa: obra escultórica *Idiom*, del artista eslovaco Matej Krén, en la Biblioteca Municipal de Praga. Foto de Gabriel Urbánek
Diseño de tapa: Ana Clara Chimento
© Diseño de interior: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: agosto de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-631-301-244-2

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Memoria de la madera
Epígrafes
La raíz del fin
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
Interludio. Un claro en el bosque
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
Daily refresh
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Memoria de la madera
Epígrafes
La raíz del fin
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
Interludio. Un claro en el bosque
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
Daily refresh
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos